

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 317

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 9 DE 1929

El ejemplar
20 Centavos

PORTE PAGO

Dibujo de Kathe Kollwitz



¡ PAN !

D. A. DE SANTILLAN

Emilio López Arango

Un esbozo biográfico

El movimiento revolucionario de la Argentina ha sido rico en propagandistas y escritores revolucionarios. Ninguna tendencia social progresiva puede vanagloriarse de la infinita serie de hombres de capacidad y de corazón que podemos exhibir nosotros. Entre ellos, ocupa un puesto dignísimo Arango, que podría dar su nombre a un largo capítulo de la historia del anarquismo en el país.

Comencemos por un esbozo de su vida.

Arango nació en Cudillero, provincia de Oviedo (España), el 25 de mayo de 1893. Cudillero es un pueblo de pescadores de la costa del Cantábrico, con muy escasos medios de vida fuera de la pesca. Gente habituada a la lucha contra los peligros del mar, tiene rasgos especiales, una psicología propia que la distingue aun dentro de la provincia misma. El nombre de Cudillero figura en algunas canciones populares de la mocedad de aquella región.

Que se nos permita citar algunos párrafos de un viejo cuaderno de escritos de prisión, en donde Arango ha recogido algunas producciones literarias suyas y algunas páginas biográficas. Dice así de Cudillero:

"Es un pequeño puerto de pescadores situado en la falda de dos montañas, y sus calles son estrechas y pendientes, y las casas construidas en la vertiente de ambas montañas, lo están en forma de grada, formando la pequeña plaza lo que podría llamarse el centro de aquel anfiteatro. Hermosas campiñas y casas-quintas, se encuentran al salir de la hondonada en que está situado el pueblo y luego más allá sigue la interminable cordillera de montes informes. Extensos pinares y bosques de robles y castaños cubren la ladera de las montañas y los árboles frutales embellecen los fértiles campos. Casitas blancas de mampostería y horreos de madera, distribuidos en pequeños grupos que forman aldeas, ocupan la llanura y asoman por entre la arboleda sus techumbres de acanalada teja.

"Tiene Cudillero unos 11.000 habitantes y todos viven de la pesca. Es alegre y bullicioso sobre todo en el verano por la gran cantidad de forasteros que vienen de otros puntos y aldeas a tomar baños de mar... Por el contrario, en el invierno es triste; el mar Cantábrico con sus enormes olas bate los muelles y en el pequeño puerto es imposible tener una embarcación a flote, viéndose obligados los pescadores a subir las por la ribera hasta cerca de la plaza... Y en días de borrasca, cuántos intrépidos pescadores perdieron su vida luchando contra el furor de las olas. Y un año tras otro, el mar en sus profundidades sepulta a frágiles embarcaciones, pereciendo sus tripulantes después de una lucha titánica y desesperada.

"En medio de esos cuadros de alegría y de dolor nació yo; y el mugir de las olas y del viento me durmió en mi cuna; y el furor de las tempestades arrulló los sueños de mi niñez"...

Emilio era el hijo segundo de una familia numerosa que contaba nueve hermanos. Eso quiere decir que, siendo sus padres unos pescadores pobres, la mesa no estaba cubierta para todos en la medida necesaria. Como el mayor de los varones, Emilio tuvo que buscarse un puesto al sol y emigró a Cuba.

En el cuaderno citado encontramos un relato de su infancia y de ese viaje y queremos volverle a ceder la palabra. Así suponemos que por una rara coincidencia es Arango mismo el que nos habla de su vida:

"Mi juventud fue como la de casi todos; juventud dichosa que en nada piensa, que de nada se preocupa. Hasta los 11 años fui al colegio, y en ese corto tiempo algo aprendí, pues grande era mi afición para estudiar y más grandes aún mis deseos de saber. Pero como mi familia era pobre, tuve que abandonar el colegio para ayudarlo con lo que mis pocas fuerzas podían ganar para la vida. Desde el día que dejé el colegio fui aprendiendo cuán amarga es la vida para el pobre desheredado de la fortuna"...

Al cumplir los 14 años, a invitación de un tío que tenía en Cuba, abandonó la casa de sus padres el 14 de septiembre de 1907 y partió con su pequeña maleta de emigrante, vacíos los bolsillos, pero con el corazón lleno de ilusiones. Tan vacío estaba el bolsillo que fue internado en Tricornia durante siete días por no llevar la cantidad reglamentaria de dinero, hasta que sus parientes lo libertaron.

Trabajó de dependiente en una tienda en la Quinta, provincia de Santa Clara. La tienda pertenecía a un primo, con el cual estuvo dos años y cuatro meses. De ese lugar se fue al pueblo de Las Vueltas, a una tienda mixta, donde quedó dos meses. Recorrió algunas otras localidades y rindió tributo a la juventud y a la plétora de vida con el producto de su trabajo; hasta que un día se embarcó para España y volvió a su pueblo con un buen cúmulo de experiencias y, como dijo él mismo, con "tres años más y con seis pesetas y 25 céntimos en el bolsillo".

En los tres años que vivió en la isla de Cuba adquirió un conocimiento tan exacto de las cosas de aquel país que todavía no hace muchos meses ha podido tratar con admirable maestría algunos problemas cubanos basándose en sus viejos recuerdos.

Volvemos a citar el cuaderno de notas de la prisión en donde se describe ese regreso al pueblo natal:

"¡Oh! todas mis ilusiones se desmoronaron; toda mi creencia de que en el rincón donde había nacido

podiera volver a vivir en la dicha y tranquilidad de sus humildes costumbres, murió amargada por la más cruel de las decepciones.

"Aquella dicha era ficticia y sólo era una consecuencia de la ignorancia. Y aquella tranquilidad monótona, aburría mi loco espíritu ávido de experimentar muchas sensaciones. Aquellas costumbres rutinarias y la mística creencia de aquellos seres simples, que tratan de conservar los viejos trastos de antaño, formaron en mí una lógica aversión contra todo aquello que yo mismo, tres años antes, profesara.

"A pesar de haber nacido en aquel mismo ambiente me consideraba extraño, y al mes de permanecer allí, al lado de mi familia, estaba completamente aburrido"...

Volvió a la vida del emigrante, embarcándose en septiembre de 1910 para América del Sur y llegó en octubre a Buenos Aires, con diez y siete años de edad.

Podríamos ahora narrar con todos los detalles la vida y las peripecias de Arango desde entonces, en parte por conocerla, en parte por ser conocida de otros amigos. Pero nos hemos propuesto que sea él mismo el que hable con sus propias palabras siempre que sea posible. Nos describe así su vida en Buenos Aires y los comienzos de su despertar revolucionario:

"Y empecé mi nueva vida de luchas; unas veces durmiendo por las fondas, otras en los bancos de las plazas públicas, y siempre sin domicilio fijo.

"Entré a trabajar, después de un mes de continuo ambular por la ciudad, en una panadería como aprendiz panadero, y a los tres meses salí de aprendizaje para ocupar una plaza de oficial.

"A los cuatro meses abandoné mi primer patrón para entrar al servicio de otro, y así fui de panadería en panadería, trabajando un mes o dos en cada una.

"Según transcurría el tiempo, mi mente se iba ilustrando y comprendiendo el mecanismo de la sociedad, y mi permanencia en las casas se hacía cada vez más corta... Era que empezaba en mí a rebelarse la conciencia, y en mi cerebro las modernas ideas comenzaban a bullir.

"Empecé a odiar a los patrones que explotan sin conciencia, y a los obreros avaros, que trabajan brutalmente doce y catorce horas por el egoísmo de la moneda.

"Después en los talleres empecé a exponer y defender las ideas de la moderna filosofía, basadas en la equidad, igualdad y solidaridad humana, y fui despedido por peligroso... por anarquista. Y empecé de nuevo a ambular por las calles sin trabajo, porque del taller que no me expulsaban, me tenía que ir yo, por la tenaz oposición que me hacían mis propios compañeros de trabajo... Individuos abyectos sin conciencia y dignidad de hombres, que sólo obran por impulso de su mezquino egoísmo... que se venden por el vil dinero a sus propios explotadores y traicionan a sus compañeros de causa y de fatigas"...

El mismo Arango nos ha contado una vez cómo conoció las ideas anarquistas. El ambiente estaba todavía bajo el recuerdo de las jornadas de mayo, la gran reacción del Centenario. La propaganda anarquista era rigurosamente prohibida, la organización estaba deshecha. Un día andaba sin trabajo por las calles de Buenos Aires y, como era amigo apasio-

nado de la lectura, se entretuvo en revolver libros en una librería de viejo. Le llamó la atención un volumen titulado "La conquista del pan". Lo compró, con sus últimos centavos. Leyó ese libro y comprendió que reflejaba sus propias aspiraciones. Desde entonces se adhirió a la anarquía. Es tanto lo que ha influido "La conquista del pan" en la formación de sus ideas que hasta el último día ha sostenido el comunismo kropotkiniano, insistiendo muchas veces sobre la comuna como base de la futura organización social.

Tropezó con algunos panaderos de ideas revolucionarias y trabó amistad sobre todo con dos: Avelino Alarcón era uno, el otro es Diego Mosquera. Los tres vivieron juntos y lucharon juntos mientras pudieron. De Avelino Alarcón se sabe el fin trágico que tuvo en el presidio de Ushuaia, donde murió el 15 de septiembre de 1919. Radowitzky nos describe conmovido los últimos días de ese compañero en la carta de enero de 1920, publicada con el título de "La voz de mi conciencia". De esos tres compañeros sólo queda uno con vida.

Antes de pasar adelante tenemos que mencionar un hecho que tuvo honda repercusión en las actividades ulteriores de Arango. Rebelde instintivo y ya un poco conocedor de las ideas anarquistas, figuró pronto entre los panaderos más activos y entusiastas. Se interesó por la organización y a ella dió sus mejores energías. Como era un período de crisis aquel de 1912 y 1913, las huelgas se sucedían y los huelguistas no siempre guardaban las normas de la buena conducta que aconsejan los legalitarios. Daban continuamente trabajo a la policía y el local gremial era estrechamente vigilado.

Debemos agradecer a los ocos de la prisión el poder citar tan a menudo las palabras de Arango, que no ha escrito para ser publicadas, sino para su propio recreo. Habla así del hecho a que aludimos:

"La Sociedad de Obreros Panaderos, en la época menos propicia, en que miles de trabajadores ambulaban por la metrópoli, hambrientos y faltos de trabajo, declaró la guerra al capital; y se entabló la lucha. Lucha sin igual, en la que le tocó luchar al trabajo contra el capital, el Estado, la autoridad, y los miles de parásitos ignorantes y retrógrados, tan abundantes en esta sociedad de robo e ignominia. Y sobrevino la derrota.

"Sobre el campo de lucha, el machete del cosaco policial decidió la batalla, y la policía erigida en gobierno único — gracias a la inicua ley social, coartó la libertad de reunión y encarceló en las inquisitoriales mazmorras a aquellos obreros más activos y más capacitados para encarar el movimiento y encabezar por la ruta de la verdadera lucha — la acción directa — a las masas dispersas de obreros más tímidos o menos capacitados..."

Luego habla de un día en que volvía del local de los conductores de carros en Montes de Oca, donde se había sostenido una escaramuza con la policía, un grupo numeroso de panaderos. He aquí sus palabras:

"Por Montes de Oca abajo, desafiando el odio concentrado en los corazones de los parias rebeldes, bajaba una jardinera de reparto de pan, conducida por un explotado inconsciente, que por ignorancia y ambición, servía de instrumento al explo-

tador patrón, traicionando a sus compañeros de causas y fatigas.

"En un solo grito agudo y estridente prorrumpieron mil voces, al ver a aquél indigno obrero que osaba infringir el pacto solidario. Ante tamaño ultraje los huelguistas se abalanzaron sobre la jardinera, que al caer con estrepitoso ruido sobre el empedrado pavimento y los gritos de auxilio que profería el "krumiro" llamó la atención de lo policía produciéndose el desbande.

"Pero la tragedia tenía que causar alguna víctima, y esa víctima, por suerte fatal, he sido yo".

Arango fué detenido y alojado en la celda 13 del Departamento de policía. Conservamos algunas páginas escritas en el Departamento y en la cárcel; a ellas hemos tomado todo lo que antecede y si dispusiésemos de tiempo podríamos citar muchas frases, pensamientos, y observaciones que revelan a Arango tal cual ha sido siempre después, aunque en él predominaba todavía la rebeldía proletaria contra el orden social presente. El proceso que se le siguió por el hecho de la jardinera se vió ante el juzgado del juez Racedo, reaccionario conocido. Con el artículo 25 de la ley social, el juez Racedo le condenó a 2 años y 3 meses de prisión. En la apelación se le rebajó un año. Quedaron pues quince meses a cumplir.

En la prisión nacional encontró varios compañeros, con algunos de los cuales trabó amistad. Entre ellos estaban Apolinario Barrera y Teodoro Antill, dos militantes de primera fila, por cuyo intermedio Arango conoció el movimiento anarquista y sus hombres y orientó mejor sus pensamientos. El voluminoso cuaderno de notas de la prisión revela la adquisición y la evolución de sus ideas sobre los más variados asuntos. Comenzó a colaborar en LA PROTESTA, a la que le dedica alguna poesía, porque hay que decir que Arango rimaba apasionadamente y se ha esforzado por expresar en verso muchas de sus inquietudes. De sus versos no se publicó más que uno, en la revista "Alborada" de 1917, dedicado a la que había de ser su compañera. Ninguno de los que le han conocido en años posteriores podría imaginarse que tras su apariencia fría e insensible, se ocultaba un alma refinada que sabía conmovirse ante la belleza y había tenido sus años de lirismo poético.

El 13 de septiembre de 1915 se le abrieron las puertas de la cárcel. El tiempo pasado en ella no fué perdido para la formación de su personalidad y para el arraigo de sus convicciones.

La condena del juez Racedo no intimidó al joven rebelde. Todo lo contrario. Al salir de la cárcel se lanzó con la más grande pasión en las luchas proletarias, ocupando el puesto que le correspondía entre los de su gremio.

En enero de 1915 se había reorganizado la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos de Buenos Aires, sección Norte; tenía el local en la calle La Paz 665. Esa sección Norte se convirtió, por los hombres que tuvo al frente y por la actividad que supo desplegar, en el centro de la reorganización general de los panaderos. Arango, al salir de la cárcel, ingresó en ella y una de sus primeras tareas consistió en la publicación de un órgano gremial, "El Obrero Panadero", cuyo primer número es del 1 de enero de 1916. Desde ese periódico comenzó



a exponer su interpretación del movimiento obrero revolucionario, con su firma o con el pseudónimo de Xaxara. Aunque las necesidades de la propaganda le hicieron abandonar el trabajo de panadero, fué redactor del órgano central del gremio hasta su muerte. Cooperó también en "El repartidor de pan", de 1920-22, cuyos artículos de fondo eran casi todos suyos. Su labor de orientación en el gremio de panaderos ha sido fecunda y generalmente reconocida, lo mismo desde el periódico que desde las asambleas, cuando actuó en el sindicato.

Tanto y tan bien se destacó que fué pronto tenido en cuenta para integrar la redacción de LA PROTESTA. En febrero de 1916 entra en el diario. Era aquel un período de intensas luchas intestinas; las redacciones cambiaban de un día a otro. Barrera se hace cargo de la administración en junio del mismo año y se entabla con pasión una lucha desesperada por el aseguramiento de la vida material del diario, acosado simultáneamente por toda suerte de adversarios de dentro y de fuera. Entonces fué cuando salió frente a LA PROTESTA el periódico "La Protesta humana", con Antill, González Pacheco, R. Torrent, etc. Era una lucha que preludiaba la de años después entre "La Antorcha" y LA PROTESTA. Desgraciadamente en eso el tradicionalismo arraiga hondamente en los espíritus.

A comienzos de 1917 Barrera y Arango dejan sus puestos para defenderse mejor contra los oleajes de la calumnia y de la difamación, pero contribuyeron sin descanso uno a la vida administrativa y otro a la redacción del diario.

Arango se había vuelto tan útil en la redacción que se le hubo de llamar al retirarse de ella Ramos Giménez, un camarada paraguayo que ya no lo es. Desde entonces, a mediados de 1917, Arango ha llevado el peso principal de la redacción del diario hasta su muerte, salvo un breve período posterior a la semana de enero de 1919.

Fuó también el principal contribuyente como redactor de un semanario original de combate, lleno de sátira anti-guerrera y anti-política, "El Buzo", que se vendía a centavo el número. Salió sólo tres veces, el 1, el 7 y el 14 de mayo de 1917. La labor absorbente del diario puso fin a aquella iniciativa. Un poco más tarde Oreste Ristori aprovechó ese mismo título para el semanario anticlerical bien conocido. A propósito de este, justamente los últimos números, del 52 al 56 del segundo año (10 de abril al 8 de mayo de 1920) fueron redactados por Arango.

Y ahora algunas palabras sobre los primeros tiempos del trabajo en la redacción de LA PROTESTA. Los años 1916-17 han sido particularmente difíciles. Se estaba en plena época de reconstrucción tanto del movimiento como de la base económica del diario. No se pagaban sueldos y tanto el personal de redacción como el de la administración vivía de una pobre olla común que se condimentaba en el mismo local. A lo sumo, si los ingresos lo permitían, se distraían algunos centavos para el peluquero, los cigarrillos y el café. Pero se trataba de centavos y no de pesos. Dígase lo que se quiera, camaradas, del personal que entonces tomó sobre sí la grave responsabilidad de sacar el diario, pero no digáis que ha vivido a costa de la propaganda, decid más bien que la propaganda ha vivido del sacrificio enorme hecho por aquellos compañeros, un sacrificio para el que no todos los censores tendrían voluntad y capacidad. Ahí está hoy el diario; si se hubiese sido como la malevolencia nos ha querido pintar, no estaría en las condiciones en que se encuentra, con capacidad para responder al más vasto y variado movimiento revolucionario.

Es algo doloroso echar una mirada a los años que quedan detrás. Se podría formar la antología más repleta de difamaciones contra los hombres de nuestro vocero. No nos detengamos en ella. Que hable la propia obra y el que pueda más que lo haga, no hemos sido ni seremos obstáculos.

Pero conviene hablar un poco de la vida de Arango, de sus riquezas, de su opulencia, de su vida de derroche.

Como no se pagaban sueldos ni chicos ni grandes, después de un picnic que había dejado regular en trada, se resolvió solemnemente atender a necesidades apremiantes de algunos compañeros de la casa. Arango y Fontana recibieron la enorme suma de 50 pesos cada uno para que se comprasen un traje. Era en los primeros meses de 1917. Fué un día de júbilo. Recorrieron medio Buenos Aires en busca de un traje apropiado y por fin lo encontraron por 38 pesos; todavía les sobró para un sombrero y algunos otros gastos menudos. Se trataba de un traje ordinario de invierno, que Arango llevó forzosamente hasta mediados de 1926, sin poder quitárselo un solo día por no tener otro. En 1926, al fin, pudo cambiarlo. Pero ¿sabéis cómo? porque se lo compró Diego Mosquera en uno de esos cambalaches de ropavejeros de la calle 25 de Mayo. Y como estamos hablando de trajes digamos que unos días antes de su muerte, la primera vez después de quince años de activa militancia anarquista, se había encargado un traje a medida, pagadero a plazos. No llegó siquiera a ponérselo una sola vez. — Era preciso hablar de estos detalles porque la difamación no le dejó siquiera

tranquilo en eso y se ha hablado de acumulación de riquezas, de propiedades, etc., etc. Si la solidaridad anarquista no hubiera estado alerta al día siguiente de su muerte su familia no habría tenido un pedazo de pan que llevarse a la boca.

El movimiento obrero y anarquista se animó intensamente a partir de 1917, época de las grandes huelgas ferroviarias y de agitaciones agrarias. Vino la revolución rusa y el proletariado se sintió sacudido por una chispa de entusiasmo y de idealismo. LA PROTESTA fué uno de los principales focos de aliento de las masas en subversión y Arango fué en el diario el orientador sereno y reflexivo que se esforzaba por ver más allá de las contingencias presentes.

Sería muy interesante ahora seguir paso a paso la vida y la obra de Arango. Pero necesitaríamos mucho espacio, porque es mucho lo que tendríamos que decir y muchos los aspectos que sería preciso examinar. Por lo demás se trata de un período reciente, los últimos diez u once años, que deben estar en la memoria de la mayoría de los compañeros.

La fiebre subversiva del pueblo subía de día en día. La fuga frustrada de Simón Radowitzky con Barrera, en noviembre de 1918, significó un desborde de entusiasmo en todo el país. Se preveía la inminencia de un cambio radical de la situación; las huelgas eran cada vez más violentas, la combatividad no hacía sino crecer. Las máquinas de LA PROTESTA no podían abastecer el tiraje del diario. Los periódicos se multiplicaban. El 7 de enero se produjeron los sucesos de Vasena, la protesta proletaria contra una matanza de obreros, la huelga general más alzada que haya vivido el país y luego la reacción más feroz, mucho más feroz que la del Centenario en 1910. LA PROTESTA exhortaba a la lucha armada, a la revolución, pero faltó conciencia en las masas. Arango fué detenido el 13 de enero y al día siguiente se allanó la imprenta del diario, dejando a todo el personal. Pero el empuje popular era tan fuerte que a los pocos días los presos salieron en libertad y la propaganda siguió su curso con renovado ardor.

Sin embargo, si la marea popular seguía creciendo como lo hacía, indudablemente la revolución tenía que venir. El capitalismo y el gobierno lo comprendieron y se resolvió tentar un golpe de audacia improvisadamente. La policía, con las atribuciones que le daba la ley social, prohibió el 4 de mayo toda la prensa anarquista. No se pudo hacer nada, los trabajadores fueron sorprendidos y no respondieron en el tono debido. LA PROTESTA estuvo desde entonces hasta el 24 de octubre del mismo año sin poder ver la luz.

Arango, que se había unido con una compañera en 1917, cuando comprendió que no había nada que hacer en Buenos Aires, donde el terror policial imperaba, se fué a Santa Fe con los suyos; pero no se fué a descansar de los pasados años de intensa actividad, sino a continuar en su labor de propaganda. Ha descrito con humorismo y sátira ese exodo forzoso en "Tribuna proletaria", 17 de agosto de 1919, con el pseudónimo de Xaxara.

El 29 de junio, apenas un mes después del cierre de LA PROTESTA, publicábamos en Santa Fe una revista, "La Campana", la primera publicación

que vió la luz después de la prohibición del 4 de mayo. Arango escribió en esa revista algunos hermosos artículos, y todo marchaba bastante bien, pero la policía fué de una opinión distinta a la nuestra y después de emplear la táctica de detenernos, de ponernos en libertad y de volvernos a detener, Arango recibió la orden de abandonar la ciudad.

Regresó a Buenos Aires, a buscar pan y trabajo para él y los suyos. Manejaba la pluma con maestría; cualquier otro en su situación habría buscado una actividad literaria o periodística; pero él no quiso salir de su ambiente y entró a trabajar de estibador en los molinos del puerto. La tarea era ruda para él, pero no le aterró. Al diario no volvió de inmediato, se sucedieron varias redacciones y ninguna ha podido sostenerse. Al fin fué preciso recurrir a su cooperación.

En el tiempo que estuvo fuera del diario colaboró activamente en diversas revistas libertarias de entonces, "Prometeo", "Nuevos Caminos" (el primer número es del 18 de julio de 1920) que apareció en Avellaneda y en algunos órganos gremiales. Intervino más regularmente en la organización de los panaderos y en el consejo federal de la F. O. R. A. En una palabra, no descansó y procuró ser útil a la causa con su gran sentido de la responsabilidad y con su entereza al mismo tiempo que con su energía.

No necesitamos referir aquí todos los encuentros forzosos que tuvo con la policía en diversas oportunidades. Jamás ha eludido ninguna responsabilidad y ha seguido invariablemente su camino en los momentos de mayor peligro. Su conciencia del deber lo ha encadenado a su puesto de combate cuando tantos otros recurrían a cualquier pretexto para eximirse y librarse de una prisión segura. Raramente perdía la serenidad y esa era la característica suya en el movimiento. Así podía casi siempre dar la solución más adecuada a los diversos problemas cuando la mayoría, ofuscada por el pasionismo o la confusión, se desviaba del buen sentido.

La herencia espiritual de la guerra ha sido funesta para todos los movimientos progresivos. El desequilibrio mental y pasional que sucedió en todo el mundo a la terminación de la gran hecatombe de 1914-18, ha influenciado hondamente también la mentalidad anarquista. Fué uno de los períodos más difíciles de la historia del pensamiento; todos los valores fueron trastocados y era preciso reconstruir las nociones fundamentales de la vida del espíritu.

Arango hizo cuanto pudo; el campo de acción que mejor conocía era el movimiento obrero y en él ha sido un valeroso orientador, habiendo definido como pocos la significación de la acción sindical revolucionaria. Pero vivió justamente en una época que se resistía a toda labor constructiva y su esfuerzo ha chocado con innumerables dificultades. Sin embargo, a través de sus artículos diarios se advierte una clara comprensión del camino a seguir y una firme voluntad de superar la mentalidad de la guerra.

Producto de esa mentalidad relajada fueron las disidencias internas que hemos tenido en el movimiento durante varios años y que seguimos teniendo. Por su posición, Arango ha debido destacarse forzosamente en esos conflictos y en ellos ha podido perder su serenidad habitual alguna vez. No es extraño. El porvenir dirá quién ha tenido más razón y explicará los hechos y el espíritu que los produjo. No seremos



nosotros los llamados a ser jueces y parte. Aquellos que, de un lado u otro, hayan sabido sobreponerse a las pasiones desencadenadas, sobre todo desde 1923 a 1926, son los únicos que podrán tirar sobre Arango y sobre todos nosotros la primera piedra.

Que las generaciones del porvenir, con menos pre-conceptos, escriban el triste capítulo de las disidencias en el movimiento anarquista de la Argentina, disidencias que han contribuido a que Arango no hubiese dado en esos años todo lo que habría podido dar de no encontrarse frente a tantos enemigos internos.

Pero nos cabe la satisfacción de haber sido los primeros en reprimir las pasiones bastardas y en haber iniciado fervorosamente la lucha por la paz y la solidaridad entre los anarquistas. En esa obra estábamos desde hacía años, pasando por sobre todos los insultos, elevándonos por sobre todas las injurias.

Nunca nos ha gustado vanagloriarnos, pero es preciso decir que la lucha por la paz ha sido y es mucho más costosa y heroica que la guerra misma. Y los que conocen los últimos meses de la vida de Arango saben cómo ha rendido tributo a la paz con un heroísmo increíble.

En los últimos meses de su vida ha sufrido más que en quince años de hostilidades de toda suerte de adversarios; y ha sufrido porque ha recibido golpes viles sin devolverlos. Pero lo singular en eso es que los golpes por él recibidos sangran en nosotros y las heridas quedarán abiertas por mucho tiempo. Dejemos también esto a un lado. Es otro capítulo trágico que no queremos describir.

Arango era un hombre de trabajo; no escribía con la voluptuosidad del grafómano o a impulso de un sentimiento estético que se abría paso con frases literarias. Tenía la convicción de manejar la

pluma como una herramienta, como una piqueta. Era un obrero, con mentalidad de obrero; toda su obra está inspirada por un sentido constructivo, el del hombre que se ha impuesto el deber del trabajo y que, con la conciencia del fin a alcanzar, no repara en esfuerzos ni economiza energías. Arango ha trabajado rudamente, con una constancia que no era sólo exponente de fuerza espiritual, sino también de resistencia física. Su claridad mental para tratar los problemas de su predilección no es fácil igualarla.

Por muchos años hemos de sentir el vacío que nos deja. Una pluma tan templada como la suya no se encuentra todos los días, y un carácter tan leal y recto tampoco.

Cantemos cuanto se quiera a la colectividad y hagámosle adquirir conciencia de su valor y de sus posibilidades. Pero no nos hagamos ilusiones: la desaparición de unas cuantas individualidades tendrá, sin duda alguna, efectos duraderos y la propaganda sufrirá más o menos gravemente. No en balde la reacción de todos los tiempos ha pretendido impedir los avances revolucionarios exterminando o tornando inofensivos a los hombres que los encarnan.

Pero está demás continuar. Lo que podríamos decir se sabe ya, porque Arango tenía una vida diáfana para todos, para los amigos y para los adversarios. Cuidaba con verdadero amor los dos centros de su vida: la propaganda y el hogar. Raramente salía de esos focos que iluminaban toda su existencia.

Ese hombre fué el que cayó en la noche del 25 de octubre, en su domicilio, atravesado por las balas de sicarios de la más baja escala moral, en las circunstancias que se conocen. Pueden estar satisfechos los asesinos; ellos no se arrepentirán, porque no son capaces de comprender el daño que han hecho a la causa de los desheredados; pero sus cómplices, que son muchos, han de comprender un día que su conducta ha ganado para las fuerzas de las tinieblas una gran batalla.

La desaparición de Arango deja en el desamparo tres huérfanos de corta edad y una compañera atribulada. El movimiento anarquista ha demostrado ya la voluntad de adoptar esa familia como un símbolo de su simpatía y de su respeto por el amigo vilmente asesinado.



LA MUERTE DEL MINERO

HUGO TRENI

Breve informe sobre el movimiento anarquista internacional

(Al congreso anarquista de Santa Fe)

Europa está frente a una perspectiva de las más terribles. Aunque no hayan sanado todavía todas las heridas que le produjo la última guerra, en lugar de tender sus fuerzas más vivas a la cicatrización de esas llagas, las tiende, con una unanimidad impresionante, hacia la preparación de un nuevo y eventual conflicto. Y sin embargo todos los grandes políticos europeos, a excepción de las explosiones epilépticas de Mussolini, en sus reuniones internacionales no hacen más que hablar de "paz" y de "desarme", pero aun cuando todas esas palabras fuesen verdaderamente sinceras, la situación actual de Europa es tal que, si no se consigue crear una especie de "unidad europea" — según la auspician algunos — que elimine gran parte de los actuales antagonismos económicos y políticos, una nueva guerra llamará, dentro de algunos años, a las puertas de la vieja Europa y la volverá a arrojar en el abismo de que ha salido lacerada hace diez años apenas. Ante esta situación poco brillante, a los anarquistas les corresponde una de las tareas más urgentes, la de no hacerse cómplices al menos, con el silencio, de esa nueva carnicería en perspectiva. Su actitud debe ser clara y precisa: consiste en levantarse y combatir de inmediato para que esa nueva eventualidad no pueda producirse nunca. Porque en una conmoción semejante y vasta, como podría ser una nueva conflagración, la oposición pura de los anarquistas solamente tendría sin duda un gran valor, pero un valor casi puramente "moral". Un valor "práctico" lo tendría en cambio si a su acción de protesta los anarquistas pudiesen agregar también una gran masa popular. Y esto no es posible más que si se entregan a una obra inmediata y activa de preparación de la clase trabajadora para hacerle adquirir conciencia de la nueva partida que se le quiere hacer jugar y darle así la fuerza que le permita rehusarse a ser cómplice de un estado de cosas que está dirigido casi exclusivamente contra ella; rehusarse a ser un instrumento de muerte de sus propios hermanos y de ella misma.

Ciertamente hay países — y estos son los focos más peligrosos de guerra, — como Italia, Yugoslavia, Polonia, todos los Balcanes, España incluso, en donde la reacción, dueña de la situación, puede obrar con toda tranquilidad en la realización de sus propósitos pues la clase trabajadora, aplastada bajo el peso de las más brutales dictaduras, es reducida a tales condiciones que está en la absoluta imposibilidad de intervenir de algún modo y de influir sobre los acontecimientos más que como fuerza bruta, como carne de cañón, según la quiere por lo demás la clase dirigente.

La misión por tanto que compete a los compañeros nuestros de aquellos países donde todavía hay posibilidad de obrar, es sobre todo por lo que se refiere a la lucha contra la guerra, más grande y más grave todavía. Al respecto no estaría demás llamar la atención de los compañeros sobre la actividad que en tal sentido desarrollaron y continúan desarrollando los compañeros franceses y suizos que por la posición particular en que se encuentran actualmente, — en contacto continuo con elementos de diversos países, — son llevados a desempeñar un papel de los más importantes. Nuestro compañero Luigi Bertoni dedicó últimamente (septiembre de 1929) todo un número de su "Réveil anarquiste" a la cuestión del "militarismo y la guerra" en donde se trataba, en base a la documentación sacada de los congresos o reuniones socialistas y anarquistas, cual debía ser la actitud de socialistas y de anarquistas frente al advenimiento de una guerra. Por su parte en Francia los compañeros de "La Voix libertaire", desde el primer número de su semanario (marzo de 1929) abrieron una gran encuesta sobre la actitud de los anarquistas ante la guerra, planteando a los compañeros la cuestión en los términos siguientes: "¿Estimáis que en razón de sus principios, los anarquistas no deben en ningún caso tomar una participación cualquiera en la guerra? Si sí, ¿adónde a conocer los motivos sobre los que reposa vuestra convicción". A esta primera pregunta seguían otras tres, demasiado extensas para ser reproducidas aquí por entero. A esta encuesta respondió unánimemente contra la guerra un número grande de militantes. Los compañeros de la Unión Anarquista Francesa en su valeroso "Libertaire", con un manifiesto muy preciso (Julio de 1929), esbozaban su posición clara e inequívoca hacia la guerra próxima en oposición a la posición equívoca y vacilante de los comunistas de todos los países, ligados con doble hilo a la política del gobierno ruso y que desde hace años gritan ya sobre la guerra inminente de los países "capitalistas" contra Rusia, exagerando los hechos de tal modo que en lo sucesivo casi nadie cree en ellos.

Y con razón los compañeros del "Libertaire" en su manifiesto decían: "Los bolchevistas se complacen en exagerar a propósito las amenazas de guerra que pesan sobre la U. R. S. S. Quisieran hacernos creer que la Rusia soviética es el gran peligro socialista que asusta al capitalismo mundial. Las diversas naciones del mundo, aumentando sin cesar sus armamentos, no tendrían otro objeto, pre-

tenden estos, que prepararse para atacar a la Rusia soviética". La "Rusia roja" sería el espanto, el incubo de los países capitalistas. Es una ridiculez.

La Rusia "peligro socialista", la Rusia "patria de los trabajadores" son dos leyendas que debemos liquidar. En 1917, en la época del gran entusiasmo suscitado por la revolución rusa en las masas trabajadoras, y también de pánico entre los capitalistas del mundo entero, el peligro revolucionario era ciertamente una realidad. Por un momento los "meneurs" de los pueblos beligerantes temieron el contagio, tuvieron miedo al ejemplo ruso para sus tropas. Pero calmado el primer temor, se repusieron pronto. Tranquilizados en casa intentaron conjurar el "peligro ruso". Diversas expediciones — Koltchak, Denikin, Wrangel, — fueron intentadas contra la joven revolución que nacía para el socialismo, a fin de volver al poder la autocracia blanca. Rusia es entonces la esperanza de todos los trabajadores del mundo. En esa época era necesario mucho arrojo y desinterés para defender la revolución rusa...

"Nosotros no negamos que la guerra esté en el aire. No somos de los que prestan fe a las charlas pacifistas que tienen lugar en la Sociedad de las Naciones o en alguna otra oficina de muerte de la diplomacia internacional. Sabemos muy bien que los imperialismos al fin nos preparan un porvenir sangriento. Si los proletarios del mundo entero no veían, empresas criminales del género de la masacre de 1914 no tardarán en venir. No obstante, la guerra que se prepara actualmente se presentará bajo un aspecto diferente del previsto por los bolchevistas. Rusia no será la manzana de la discordia que suscita el encuentro sangriento. Según toda verosimilitud, no hará figura de "aislada" en el concierto guerrero. No estará a un lado, con todos los otros beligerantes contra ella. No. Entrará en el juego, seguramente, para luchar contra ciertos imperialismos, pero en calidad de aliada de otros imperialismos". "Protestar de todo corazón, con todo nuestro ímpetu contra los conflictos que las carroñas internacionales están fomentado es lo que habríamos querido en este décimo quinto aniversario de la más odiosa de las masacres de todos los tiempos.

"En una imponente manifestación callejera habríamos querido proclamar nuestro odio contra todos los proveedores de matanzas, como nuestra firme voluntad de no dejarnos sorprender más en el porvenir. Si, es con fuerza como habríamos estado en las calles para alarmar al pueblo, para ponerlo en guardia contra las hipocresías pacifistas de sus gobernantes. Pero no lo podremos hacer el primero de agosto con los comunistas". Y en fin, para dar una reseña, de todo lo que se hace contra la guerra de parte de los anarquistas europeos, recordemos el otro periódico francés. "Le Semeur", casi por completo dedicado a la lucha antiguerrera y en favor de los "objetores de conciencia". Esto en Francia y en Suiza.

En Alemania la misma propaganda es desarrollada por las publicaciones nuestras y por nuestros grupos. En el "Syndikalist" los compañeros de la F. A. U. D., incansables, aportan su contribución, como también la Federación anarquista con su "Freie Arbeiter" y en Austria "Erkenntnis und Befreiung" de la Unión de los socialistas antiautoritarios, no descuidan nunca la buena lucha, no sólo con la prensa sino tam-

bién con numerosas conferencias. Pero al fin y al cabo, las fuerzas que verdaderamente pesan actualmente en Europa en ese sentido son muy pocas. Casi todos los países están subyugados por la reacción y toda la obra de nuestros compañeros no tiende a otra cosa que a socorrer a los numerosos caídos, siempre en aumento.

En Italia no existe nada más y por el momento, todo lo que se puede hacer se hace a través de esfuerzos inauditos. Fuera de Italia, el movimiento de lengua italiana ciertamente no ha muerto, y la obra de propaganda es continuada con tenacidad incluso a través de todas las adversidades que las reacciones coaligadas oponen a todo el movimiento anarquista. Pero aunque fuerte, aunque rico en publicaciones periódicas, el movimiento anarquista italiano, como por lo demás todos los otros movimientos de emigrados, carecen de una verdadera y sólida base sobre la cual poder desarrollar una acción verdaderamente profícua y profunda, le falta Italia.

Para los compañeros italianos, como para los españoles y todos aquellos en cuyos respectivos países domina la reacción, y en donde toda la élite fue constreñida a emigrar para no ser aplastada, su lucha adquiere forzosamente un aspecto singular (esto se aplica también a los compañeros rusos), diría casi diverso, y de todas formas se dirige más fuertemente contra aquella forma de reacción que se hace sentir más pesadamente en su país. Así, por lo que se refiere a la lucha antifascista de los italianos, a la lucha contra Primo de Rivera por los españoles, de los rusos contra la burocracia sofocadora, etc., etc. Para esos compañeros la lucha más urgente es la dirigida a derribar el reino del terror que impera en sus países respectivos, razón primera y esencial para luego reiniciar con más fuerza y extensión la lucha interrumpida por la violencia. Indudablemente, como anarquistas, desarrollan una lucha anarquista, aun cuando para algunos pueda parecer demasiado limitada a un fin "nacional", que sería más bien un efecto que una causa, pero que de cualquier modo forma siempre parte del programa totalitario de la lucha contra la tiranía. Muchas veces este estado especial de ánimo de una parte de nuestros compañeros no es comprendido en su justo sentido por los otros que, por la situación misma en que viven, creen exagerada o incluso fruto de una mentalidad demasiado "nacionalista" el deseo o la manía de luchar de los primeros, mientras en cambio esas condiciones son provocadas por las necesidades más graves que se hacen sentir mayormente sobre ellos y les "imponen" la lucha. No hay contradicciones, hay sólo otras necesidades que imponen una acción más intensa y más continua.

Además de la lucha cotidiana que los anarquistas de todos los países de Europa desarrollan, sea por la realización de sus tareas inmediatas, — lucha contra los numerosos abusos, injusticias, contra la guerra, en defensa de todos sus innumerables caídos, — desde hace un tiempo algunas cuestiones "internas" han dominado gran parte de sus preocupaciones, y entre estas la de la organización no es la última. Pero no en Alemania. En este país la cuestión de la organización está resuelta desde hace tiempo... no se habla apenas de ella. Lo contrario ocurre en Francia, que actualmente es un verdadero crisol del pensamiento anarquista, porque convergen hacia allí los compañeros de todos los pun-

tos de Europa que la reacción ha arrojado de sus respectivos países y que quisieran hacer conocer también a todos los demás sus puntos de vista a fin de que a su vez estos no calgan en los errores o en las deficiencias que fueron la razón de su derrota y de su emigración. Y esto explica en cierta medida por qué en Francia ciertas discusiones, más que en otras partes, son numerosas, porque la renovación de las ideas es más grande. Los compañeros rusos han aportado la experiencia de su revolución; los compañeros italianos la de los períodos revolucionarios de 1919-21 y la de la reacción que se siguió bajo el nombre en lo sucesivo terriblemente famoso del "fascismo".

La revolución y la reacción son dos acontecimientos en la historia de la emancipación proletaria de suma importancia y merecen no sólo ser tomados en consideración, sino profundamente estudiados porque podrían ser muy bien una base para la renovación de algunos métodos nuestros de lucha, pues impulsaron a nuestro movimiento como a todo el movimiento revolucionario problemas nuevos que es preciso estudiar y resolver si se quiere luchar eficazmente y llegar a la victoria.

Dos son los problemas que mayormente interesaron a los compañeros: (1) el de la organización interna de las fuerzas anarquistas mismas; (2) los problemas de la revolución y de la defensa.

Por lo que se refiere al primero, la organización anarquista, no promovió grandes discusiones, ya lo dije, en Alemania, pues desde hace muchos años, de una parte y de otra, comunistas e individualistas, habían aclarado y definido la situación, trabajando cada cual por propia cuenta con los métodos que creen mejores para la obtención del propio fin y, bajo este aspecto los choques se pueden considerar casi nulos. En los otros países donde la reacción impera y nuestro movimiento está en la imposibilidad de vivir, como en Italia, en Rusia, en Bulgaria y en parte también en España, etc., no podrá haber tentativas de realización práctica de los principios enunciados o discutidos aunque los elementos prófugos llevasen su contribución, cuando no sus fautores, en sus publicaciones y en las reuniones o congresos que tenían lugar, sobre todo en Francia. Porque es en Francia donde hay que mirar si se quiere ver en pequeño todo el movimiento europeo. En efecto, hay allí un comité de relación de los grupos españoles, grupos anarquistas italianos adherentes a la orientación de la U. A. I., el grupo ruso de Dielo Truda, redactor de la famosa Plataforma de organización, y además una infinidad de comités pro víctimas políticas, italianos, rusos, búlgaros, españoles, etc., y en fin los compañeros franceses con su Unión anarquista.

Cuando los compañeros rusos, a fines de 1926, publicaron su "plataforma" de organización plantearon con rudeza algunas cuestiones de cierta importancia que podían servir de base a una vasta discusión sobre los "problemas de la revolución" y sobre las formas de organización de nuestras filas que habría sido seguramente provechoso para todo el movimiento internacional discutir profundamente, si los autores no hubiesen estado animados como lo estaban por un sectarismo estrecho e ilógico que impedía toda sana y prolicua discusión. Sectarismo que supieron, por desgracia, inyectar en otros compañeros con mucho daño para todo nuestro movimiento.

La otra cuestión, la de la organización, sobre to-



En el país de Don Quijote el criado hace hoy el papel de amo.

do por el modo como había sido planteada y que permitía una interpretación autoritaria promovió un remolino terrible que malogró hasta la posibilidad de estudiar los otros problemas muy interesantes, habiendo dispuesto a todos en contra de ellos. Según los autores no había otra vía de salvación para el anarquismo que aceptar su forma de organización. Mientras algunos de sus adversarios, impulsados por algunos absurdos contenidos en la "Plataforma", eran llevados, por reacción, a negar la necesidad de toda forma de organización y a ver en ella, donde existía, una de las causas que habían contribuido a llevar el anarquismo a su degeneración.

Estas polémicas se envenenaron hasta tal punto que indispusieron a una gran cantidad de compañeros y no sólo suscitaron la división en nuestro movimiento francés sino también en el de muchos otros países. Los rusos estaban, aunque pocos, divididos y eran casi enemigos unos de otros; entre los italianos, aunque la plataforma había hallado muy pocos favorables, por reflejos, las luchas en pro y en contra de la organización se acentuaron, así como entre los españoles, entre los búlgaros, los polacos, entre todos en suma.

En lo más intenso de la discusión, en octubre de 1927, tuvo lugar en París un congreso de la Unión anarquista Francesa. En ese congreso, influenciados por las discusiones hechas en torno a la plataforma de organización de los compañeros rusos, muchos delegados sostuvieron la idea de un cambio del pacto de organización de esa Unión, que antes era el famoso "Manifiesto de Orleans", programa en donde eran presentados los principios, el programa social, los objetivos inmediatos y la forma de organización de la Unión misma y que habían sido aceptados en 1926 en un congreso celebrado en Orleans.

En ese manifiesto estaban esbozados los puntos principales del programa anarquista, y se decía lo que eran los anarquistas y lo que querían, y se ha-

bía apuntado, aunque muy confusamente, también a los principios de su organización interna. Se decía: "frente al formidable aparato represivo, que se refuerza cada día más, y frente a todos los organismos de reacción y de conservación social que se multiplican, los anarquistas estiman necesario reagruparse sólidamente para constituir una fuerza susceptible de luchar con eficacia contra todos los elementos de opresión y de explotación.

Si el esfuerzo individual puede preparar los caminos de la transformación social, sólo una acción colectiva y popular podrá realizar prácticamente esa transformación. — Una organización de propaganda y de lucha es por tanto indispensable para obtener el máximo de potencia y de resultados". — Termina luego con un llamado a la concordia y en pro de un trabajo común entre todos los anarquistas. "La U. A. F., pide a todos que borren de su corazón y de su espíritu todo recuerdo de lo que les ha podido dividir. Los adeptos de la Unión Anarquista Comunista han cumplido ya este deber de aproximación y de reconciliación, y esperan que todos aquellos que por diversas razones de conveniencias personales o de doctrina, se han alejado de la U. A. C. F., volverá a ocupar su puesto de combate".

Así, las pretensiones de diversos delegados, que rompieron aquella mutua comprensión y aquél espíritu de trabajo en común, que era la base del programa elaborado en Orleans, impulsaron a otros delegados que hallaron inaceptables los nuevos principios de la U. A., a crear una profunda escisión de ese organismo. Los nuevos principios de organización que muchos hallaron inaceptables habían sido resumidos en un estatuto de 12 artículos que explicaba la forma y el carácter de la Unión Anarquista, y de los cuales los artículos 1, 2, 3 y 5 pueden dar una idea.

Art. 1) La Unión Anarquista Comunista Revolucionaria es una organización revolucionaria compuesta por grupos y federaciones anarquistas comunistas revolucionarias y toma el nombre de U. A. C. R.

2) Los grupos se adhieren a la U. A. C. R. por intermedio de su federación regional; los grupos aislados se adhieren a la federación más próxima.

3) Las adhesiones individuales no son aceptadas. Estas deben ser enviadas al grupo más próximo.

5) La Unión es administrada por una comisión administrativa.

Esta división, como cualquier otra en nuestro campo, debilitó sensiblemente la fuerza y la actividad de los anarquistas, todos en Francia, hasta el punto de hacer volver sobre sus pasos a muchos compañeros y llegar en el congreso celebrado el año siguiente, 1928, a enmendar de nuevo la declaración de principios, volviendo a poner en su base el "Manifiesto de Orleans" rechazado en el congreso anterior.

Es en extremo difícil presentar un cuadro sintético del movimiento anarquista europeo porque no es un todo orgánico e igual, sino que cada movimiento tiene características especiales que le singularizan y que es imposible esbozar en un escrito forzosamente restringido. Porque esas características son de cualquier modo el rostro por el cual se puede distinguir un movimiento de otro. Así, un movimiento sufre siempre una cierta deformación, cuando se está obligado a presentarlo esquemáticamente; deformación que he tratado de atenuar lo más posible y que se-

guramnte no habrá tornado incognoscibles los movimientos que quería presentar.

Por lo demás he hablado sólo de los movimientos más grandes, y también en estos me he referido sólo a las líneas generales y a las preocupaciones mayores que les interesaron, mientras quizás hubiese sido más útil estudiar particularmente país por país, su situación especial y su acción propia, pero esto nos habría llevado demasiado lejos... y luego se está siempre a tiempo de hacerlo en nuestra prensa. De cualquier modo lo esencial era poner de relieve, si las había, las deficiencias, para que al conocerlas se puedan encontrar los remedios y sobre todo para que se pueda impedir a los compañeros el repetirlos. Y en realidad es esta experiencia la que pedimos a los compañeros de los otros países a cambio de la nuestra que le damos, porque es por este recíproco intercambio, y por la aplicación más o menos útil que nosotros hagamos de él, como podemos progresar y avanzar hacia la victoria, yendo a la lucha con más seguridad y con armas mejor confencionadas. Es para esto para lo que debe servir también la experiencia de los movimientos europeos, sea en la lucha que debemos realizar diariamente para la propaganda de nuestras ideas, sea en la lucha que nos debe llevar a la realización de nuestro ideal.

EL POLVO COSMICO

LA TEORIA DE ARRENIUS QUE LO EXPLICA

Hoy conocemos otra ley fundamental de los fenómenos que animan el Universo: es la existencia y el valor de la "Presión de la Radiación".

Es por las radiaciones, de las cuales las más manifiestas son las radiaciones luminosas, que nosotros conocemos la existencia de mundos lejanos esparcidos en el espacio infinito. Independientemente de las radiaciones luminosas percibidas por nuestros ojos, existen otras que estos órganos no ven. Si se recibe sobre un prisma de cuarzo un rayo de luz solar, y se fotografía la imagen policroma degradada que se observa así y que se llama "espectro", se constata: que la prueba fotográfica se prolonga mucho más allá del extremo violeta que perciben nuestros ojos: hay por lo tanto rayos "ultra-violetas" que nuestros sentidos no acusan y que la placa fotográfica registra. Un termómetro muy sensible colocado en la región que precede a los rayos rojos revela rayos "infra-rojos" imperceptibles a nuestras miradas.

Esas "radiaciones" a las cuales se deben agregar las "radiaciones eléctricas" y todas las que la física nueva descubrirá aún, son el medio de transmisión de las fuerzas del Universo. Fué el gran Maxwell quien tuvo la gloria de descubrir, en el año 1873, que las radiaciones ejercen una verdadera presión cuya intensidad es medida por la cantidad de energía contenida en la unidad de volumen. Maxwell temía que la pequeñez de esta presión hiciera imposible su medida. Pero el físico ruso Lebedeff tuvo el mérito de medir ese fenómeno tan difícil de cons-

Aporte al estudio de los problemas del anarquismo militante

I

De antemano sé que no voy a tratar un asunto nuevo; sin embargo, tengo la profunda convicción que merece ser estudiado más reflexivamente, ya que hasta hoy sólo fué aceptado por algunos y desechado por una mayoría sin un previo análisis y hasta podríamos afirmarlo, impulsivamente.

Me refiero al cooperativismo: sé que la opinión de la enorme mayoría de los anarquistas es adversa a la realización pre-revolucionaria de este principio; pero sé también que esa opinión carece de fundamentos realmente valederos, y que es uno de los tantos "porque sí" o "porque no" que, francamente, no sabemos por qué tienen en nuestro campo patente de verdades indiscutibles.

Hace algún tiempo que vengo observando que nuestro movimiento se estrecha y encierra en un círculo cada vez más pequeño, es decir, que sigue una corriente inversa al desarrollo de la vida individual y social del hombre, que se amplía y se hace cada vez más compleja.

Por otra parte, mientras el capitalismo abarca y hace presa de todas las fases de la actividad humana, el anarquismo ofrece el aspecto lamentable, pobrísimo, que ofrece el indígena americano frente a los poderosos ejércitos modernos: el indígena se resiste a abandonar su toldería y su flecha y confía la noble causa de su libertad a la sola razón de su indomable coraje. Tal hacemos nosotros: creemos que nos basta tener razón y gritarla a pulmón herido; pero no observamos que nos hemos quedado solos y que nuestra voz retumba en el vacío como el eco de lo que fué: otras veces confiamos en que algún día se nos ha de oír y tal vez comprender.

Los argumentos con que se combate el cooperativismo son demasiado conocidos para repetirlos: de modo, pues, que solamente nos ocuparemos aquí de nuestros puntos de vista favorables al mismo.

El dilema en que está colocado el hombre que convive en la actual sociedad es tal, que habrá de esclavizarse produciendo para que otros se enriquezcan, o habrá de esclavizar para enriquecerse a sí mismo; y, cualesquiera de estas dos situaciones es denigrante y de funesta influencia sobre la moral y sobre la mentalidad del hombre: si esclavo (obrero o empleado) habrá de obedecer so pena de no poder trabajar — tendrá que aceptar un horario, satisfacer las exigencias del patrón y pasar por mil diversas condiciones más que irán desarrollando como a hurto de la propia voluntad el espíritu de servilismo. Y llegará a una edad en que los resortes morales se gastan y empezará a ceder paulatinamente hasta caer totalmente vencido. Este es el verdadero secreto de los que claudican, y este es también uno de los grandes secretos de la indiferencia colectiva, que tanto nos indigna o nos acobarda. Si patrón, en cambio, habrá de ejercer forzosamente sobre sus empleados u obreros la autoridad y mando indispensables a la conservación y acrecentamiento de sus intereses, con lo que, a despecho aun de las mejores intenciones irá creándose un espíritu autoritario y egoísta. Cualquiera, pues, de estas dos formas de vida conducen

tatar. Si se imagina un cuerpo ennegrecido colocado contra la superficie del sol, la radiación enviada por este sobre la superficie del cuerpo ennegrecido ejerce una presión de 2 miligramos y $\frac{3}{4}$ por centímetro cuadrado. Svante Arrhenius, el ilustre físico sueco no ha mucho fallecido, a quien la ciencia debe las nuevas teorías sobre la constitución de los mundos, ha podido demostrar por el cálculo que para una esfera muy pequeña, no trasparente, cuyo diámetro sería un poco inferior a un micrón, es decir a un milésimo de milímetro, situado en la vecindad del sol, la fuerza repulsiva resultante de la presión de la radiación sería mayor que la atracción del astro, y la esférula podría así ser "expulsada" lejos del sol, a través del espacio. Si el diámetro de la esférula disminuyera, suponiendo que conservara una densidad igual a 1, la fuerza repulsiva aumentaría aún más, sin embargo no indefinidamente, pues si la esférula alcanzara a ser muy inferior al largo de onda de la luz que obrara, se producirían fenómenos de difracción que cambiarían completamente la naturaleza de la acción pondero-luminosa. Pero para partículas con diámetros de un diez milésimo y medio de milímetro, (0,00015) la fuerza repulsiva es diez veces más grande que la de atracción.

Los astros brillantes, soles o estrellas, pueden entonces expulsar lejos de ellos, lanzar en el cielo partículas pequeñísimas de materias poco densas, "polvos cósmicos" que llenan el espacio inter-estelar.

Son esas partículas las que constituyen las colas de los cometas, opuestas siempre al sol, como si este astro "soplara" sobre ellas; son ellas, según toda verosimilitud, las que constituyen la atmósfera luminosa del mismo sol. Las partículas que las estrellas rechazan así y lanzan en el espacio están electrizadas negativamente, quedando la estrella cargada de electricidad positiva. Las que emanan del sol pueden llegar hasta la Tierra donde su carga negativa produce importantes manifestaciones eléctricas. Esas partículas aportan su electricidad que se hace sentir en la atmósfera y el suelo. Los "iones" de la alta atmósfera son arrastrados por el movimiento de la Tierra; rechazados por esta, que está electrizada como ellos, se mantienen en las capas superiores, formando una corriente eléctrica que tiene una poderosa acción generatriz o modificadora sobre el magnetismo terrestre.

Veremos otro día el papel que desempeñan estos "polvos cósmicos" en la evolución del universo, y la audaz teoría de Svante Arrhenius sobre el movimiento y formación de las nebulosas basada en los estudios sobre ellos.

A. BERGET



espiritualmente al hombre al punto opuesto adonde nosotros quisiéramos llegar.

Estas son, entonces, las verdaderas causas del por qué nos es dado, constantemente, contemplar este desconcertante espectáculo: que mientras los individuos hacen protesta de los mejores ideales y de las más nobles intenciones, realizan actos innobles y llevan una vida repudiable, en una palabra, esta es la verdadera simiente de Tartufo.

Nuestra labor de propaganda está fuertemente neutralizada por las condiciones sociales del medio ambiente y, mientras no cambiemos éste, todos nuestros esfuerzos se gastarán inútilmente o con muy escaso provecho. No debemos, entonces, reservar nuestra acción realizadora para después de la revolución, sino que, simultáneamente a nuestra labor proselitista debemos ir creando las condiciones materiales propias a la transformación espiritual del hombre.

Es necesario que los anarquistas no olvidemos que las ideas, en cuanto significan conocimiento y modalidad espiritual, no son innatas ni creemos que son formas aladas que un buen día se echan a volar como los pájaros y van a meterse en el cerebro de los hombres, sino que son el resultado de un larguísimo y profundo proceso de las sensaciones, o en otras palabras, son representaciones subjetivas de una realidad objetiva.

Cambiamos en lo posible esta realidad y habremos creado las condiciones necesarias a la transformación mental del hombre: sin la transformación del medio ambiente no se transforman las aptitudes espirituales del individuo.

Se me dirá, y no sin razón, que por eso se lucha, y yo agregaría que con denodado esfuerzo; pero he aquí que el medio empleado no es quizá el más eficaz, o por lo menos, que no será el único, y que es necesario, por lo tanto, emplear todos los medios a nuestro alcance, multiplicándolos hasta lo infinito. Y

puedo agregar, además, que ciertos medios son grandemente perjudiciales cuando se emplean sistemáticamente: el empleo de la violencia, por ejemplo, es en ciertos momentos tan indispensable que se hace insustituible, pero el ejercicio continuado desarrolla en el hombre una tendencia francamente perniciosa, al extremo que llegan momentos en que todos los asuntos difíciles se resuelven a tiros.

Y ahora entremos en materia: el hombre es cooperativamente inconsciente y a pesar suyo, y es de desear, y eso quiero yo, que sea cooperativamente consciente y voluntario.

Un justo y razonable argumento contra el cooperativismo es que, con la prosperidad de los cooperadores, nacen, lógicamente, el interés y las ambiciones; pero no se ha observado que ese acrecentamiento de capitales puede desaparecer como elemento dañino y convertirse en vehículo eficazísimo de nuestros objetivos ideales.

Debo advertir que el cooperativismo de consumo, exclusivamente, no sería nada más que un medio de defensa, y que es al cooperativismo en la producción al que yo me refiero, que sería ya un medio ofensivo contra el actual sistema de organización y que, interpretado con criterio ampliamente antiautoritario y con propósitos de franca solidaridad, constituiría, no me cabe la menor duda, la más seria amenaza para el régimen de la propiedad individual.

El cooperativismo puede aplicarse a todas las fases de la actividad humana.

Ahora bien, la eficacia o no eficacia del cooperativismo, depende, indefectiblemente, de la forma de organización que se dé cada núcleo o colonia o comunidad cooperativa.

Este asunto será materia del artículo siguiente.

J. COLOMA

Santa Fe.

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria.
La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50. Anual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

— REPÚBLICA ARGENTINA

MAX NETTLAU

Unámonos contra el fascismo político y social

(Temas del segundo congreso anarquista argentino)

Entre los quince temas propuestos al congreso anarquista de Santa Fe, uno de los más importantes me parece el cuarto: "El militarismo: a) en la Argentina; b) los avances materiales y espirituales hacia la dictadura y la guerra; c) ¿qué deben hacer los anarquistas en la lucha contra el militarismo?; d) actitud ante la dictadura amenazante y después del golpe de Estado eventual", cuestión que escapa a mi competencia si fuese a hablar en tanto que se relaciona a un país que no conozco, la República Argentina, pero que da lugar a algunas observaciones generales, sobre todo concernientes a las dictaduras que, como el militarismo, no son un mal local, sino una plaga internacional.

Hay sin duda un sentimiento general entre todos los seres humanos honestos contra las dictaduras y los argumentos han sido explicados y resumidos en una gran literatura, y está también nuestra idea anarquista, tan a menudo elaborada y elucidada, que rechazando el principio de la autoridad, refuta y rechaza sus consecuencias, las dictaduras, en todas sus formas, las brutales como las sutiles, insidiosas y veladas. No repetiré pues esos argumentos, pero es de primera importancia, tal me parece, encontrar buenos caminos para co-ordinar esos esfuerzos antidictatoriales, el del sentimiento humano general y el de la propaganda anarquista, — y es sobre esto asunto que yo quisiera hacer algunas observaciones.

Sabemos cuán difícil ha sido, y sigue siéndolo, hacer admitir nuestras ideas antiautoritarias a aquellos que por algunas libertades formales, algunas pesadeces democráticas, bellos discursos parlamentarios y engañosas semejanzas se han vuelto y siguen siéndolo todavía, adeptos del liberalismo y del radicalismo parlamentario, del estatismo democrático, en una palabra de las formas suavizadas y melosas de la autoridad, del Estado-mínimo, de los gobiernos bienhechores, etc. Sabemos igualmente en qué grado el estatismo llamado social, reformista, paternal socialista, el poder en apariencia dirigido por los elegidos socialistas, en suma sea el Estado presente penetrado por el colaboracionismo social-demócrata, sea el Estado socialista popular de un porvenir gradualmente realizado por vías electorales y reformistas, han fascinado a la gran mayoría de los socialistas y a una parte de la masa popular. Nuestra propaganda, la más violenta tanto como la más persuasiva, choca contra esas dos grandes ilusiones — el camino democrático y el camino social-reformista —, por lo que para el gran número de los hombres es todavía lo desconocido o les parece un ideal demasiado elevado para estar al alcance de sus aspiraciones prácticas.

Esas grandes dificultades existen para nosotros y

han producido inevitablemente nuestro aislamiento que no es otra cosa que el aislamiento de toda vanguardia que, por su esencia misma, marcha delante del grueso de la humanidad. Tal aislamiento no es un extravío de hombres que yerran y que han perdido el contacto con sus grandes cuerpos, a menos que debido a errores eso se convierta en tal extravío. Con esto decimos que también una vanguardia puede perderse y ser superada por el grueso de las tropas, pero depende de ella el que eso no ocurra. Por tanto si, como anarquistas, somos los más avanzados, no debemos nunca perder el contacto estrecho con la humanidad progresiva, o de lo contrario corremos el riesgo de llegar a ser extraviados excesivamente aislados para que nuestra voz y nuestra acción pesen realmente en los consejos de la humanidad.

Pienso que los tiempos presentes, por reaccionarios y crueles que sean, han hecho bajo dos aspectos más fácil para nosotros el reiniciar, el cimentar incluso, nuestro contacto con el mundo progresivo general, y eso precisamente sobre los dos grandes terrenos esbozados aquí, el de la ilusión política y de la ilusión social en las formas ya descritas.

La ilusión democrática es confrontada por la triste realidad del fascismo triunfante en algunos países, y se infiltra en la mentalidad de muchos otros, y la ilusión reformista o socialista-política vé frente a ella los manejos del bolchevismo, socialismo estatista o estatismo socialista extremo. ¿Hubo alguna vez una ocasión mejor y más apremiante para oponerles nuestras ideas fundamentales, la anarquía y la asociación libre, el voluntarismo y la solidaridad recíproca directa, la eliminación de los parásitos políticos y sociales, Estado y capitalismo? Todo eso se encuentra en refutación en nuestra literatura y en la propaganda, pero ahora, estos tiempos, es ante los hombres del universo ya como realidad, en Italia, en Rusia, ya como amenaza próxima, casi tangible, en otros países y aquellos que no han creído en nuestras advertencias y el número mucho más grande que no conocieron jamás nuestras ideas en su integridad tienen esos desenvolvimientos monstruosos del autoritarismo omnívoro, que lo carcome todo entre ellos, al lado de ellos, en perspectiva: seguramente una oportunidad no prevista en esa grandeza e intensidad para nuestro esfuerzo de despertar a los hombres al conocimiento de las verdaderas fuentes de sus desgracias políticas y sociales...

Porque la humanidad civilizada en la que viven tantos factores para el bien, la ciencia, la asociación, la solidaridad, la libertad, la ingeniosidad del trabajo cada vez más experto, mejor aplicado, la necesidad de la vida individual cada vez más íntimamente independiente, no querrá tolerar que sea en-

feudada al fascismo digno de las épocas de Tamerlan y de Gengis Khan del despotismo asiático medioeval, ni querrá ver las esperanzas sociales que viven en todos los hombres de corazón, frustradas por una restricción a un estatismo social cruel e incapaz, como el bolchevismo o la socialdemocracia, que en el fondo no son más que el fascismo social. Lo que pone en el mismo plano esos dos cultivos puros de la autoridad, es su vuelta a los métodos del despotismo más primitivo, y la humanidad, si en su aturdimiento de estos años parece que deja hacer, no quiere seriamente esa auto-degradación. Ha caído por el momento en manos de bandas feroces e impúdicas que cometen con ella atropellos y la desvalijan; ha sabido desembarazarse en el curso de su carrera de tantos bandidos históricos y pasará por encima de estos también.

Pero los que la ayuden mejor a salir de este mal paso, atraerán su atención, sus simpatías y si sus propios fines y tendencias tienen un verdadero valor, llegará la hora en que podrán dar algunos grandes pasos hacia adelante. ¿Quiénes, si no los anarquistas, se encuentran más y mejor en la posición que acabo de describir?

Los antifascistas y antibolchevistas están minimalizados en su propaganda y en su acción por el carácter reducido, mezquino, interesado de sus propias ideas y tendencias, todos ellos dicen sólo al espectador imparcial el eterno: ¡quitaos de ahí para que me ponga yo! ¡Restablezcamos el parlamentarismo liberal, radical, socialista, el capitalismo sin obstáculos, las organizaciones obreras en su multiplicidad, que chocarán entre sí y se desgarrarán mutuamente — y ¡todo irá bien! Eso es bueno para los creyentes de cada partido, pero es ya mutuamente refutado por los adeptos fanatizados de cada partido en polémica perpetua y eso produce un espectáculo de rivalidades desunidas que no da a los hombres en su colectividad verdadera confianza, esperanza, ímpetu y un impulso casi unánime, y será preciso todo esto para barrer sistemas reaccionarios de ese género peligroso que no carecen de algunas raíces profundas, como trataré de demostrarlo más abajo. Tanto el radicalismo burgués como el socialismo político y el comunismo moscovita son así en el fondo diversas coaliciones anti-fascistas y eso se vé demasiado y quita el verdadero peso a su agitación, en provecho del fascismo que queda, y en detrimento de la humanidad cada vez más corroída por ese mal. Y lo mismo ocurre con el anti-bolchevismo que es, o bien odiosamente capitalista y detestable o bien la hipocresía socialdemócrata, que quisiera pretender que su dictadura de las mayorías no es también una dictadura; incluso una parte de la crítica anarquista no ha culminado más que en esa "Plataforma" que en el sentimiento de los otros anarquistas lleva los signos de una infección autoritaria. En suma, pues, no se ha sabido oponer al fascismo y al bolchevismo las verdaderas fuerzas de la humanidad, invencibles cuando son despertadas y asociadas, sino sobre todo indignación, disgusto personal y los esfuerzos de los antiguos partidos, no bien vistos de la opinión pública y de los cuales cada uno tiene ampliamente atiborrada la cabeza con el propósito de reintegrarse a su antigua posición o de, ensanchándose, convertirse en herederos universales del fascismo, ambiciones que sólo podrían na-

cer de nuevas dictaduras, de las que ahora se conoce la técnica. No hay, pues, siquiera la garantía de la voluntad general de destruir todas las dictaduras, sino la perspectiva de que algún nuevo sistema, deseoso de aplastar a sus rivales, continúe los métodos fascistas, — provisoriamente, es decir hasta el infinito, hasta un nuevo cambio de escena.

Mientras tanto el militarismo fascista invade los partidos antifascistas mismos. Puesto que por desgracia desde hace muy largos años no se ha destruido el terreno de cultivo sobre el cual ha crecido la peste fascista, y como tampoco se le ha aniquilado en sus primeras manifestaciones violentas, se ha sido desbordado por ella y la resistencia ha comenzado a organizarse en las condiciones más desventajosas materialmente a lo que se agrega la desunión intelectual, la diversidad de fines, las rivalidades más arriba descritas. Por eso, sin acontecimientos decisivos, hubo una cantidad de acontecimientos insuficientes y deplorables, como esa no epopeya que ha arrasado por el lodo un gran nombre y que lleva todavía a remolque vociferaciones polémicas sin fin. Por otra parte, contra las tendencias reaccionarias y las organizaciones agresivas de mentalidad fascista, se fundó un verdadero militarismo socialdemócrata y comunista, que adquiere poco a poco las características de un verdadero militarismo intensificado por un fanatismo que está a la par del patriotismo más apasionado. De esas formaciones a los verdaderos "ejércitos rojos" no hay más que un paso y de tales ejércitos a la verdadera guerra por expansionismo y cuestiones de prestigio de Estado, no hay tampoco más que un paso, como lo muestra en nuestros días la situación entre rusos y chinos en la frontera de Manchuria y esa propaganda comunista de veleta que en julio de 1929 hizo desencadenar en todas partes en su esfera manifestaciones que impulsaban a la guerra contra China y que una semana después, el primero de agosto, movilizó sus acólitos para una demostración internacional contra la guerra.

El militarismo de toda especie agrega a las abominaciones de la guerra, el culto permanente de una mentalidad agresiva, codiciosa, odiosa, grandilocuente e indiferente a los sufrimientos de las víctimas, luego el azote de la vida desmoralizada y podrida del cuartel, luego la ruina material por los preparativos de guerra, los armamentos a los cuales los interesados, los fabricantes de material de guerra, impulsan incesantemente, como por ejemplo se ha demostrado ahora a los más ciegos por la encuesta hecha por el Senado de los Estados Unidos sobre los manejos de un individuo que manipulaba los hilos entre almirantes, fábricas de acero y de armamentos, políticos y diplomáticos de Washington en Ginebra, la gran prensa, etc., uno de esos agentes de la guerra eternizado de los que se sorprende por una casualidad ciertas maniobras pero que da una prueba suficiente de que él no es más que uno solo de toda una clase equívoca que atiende así a la permanencia de los armamentos. Tenemos en verdad la guerra en permanencia sobre esta tierra, y si no se desespera de salvar a la humanidad de ese mal, habrá que cazar profundamente para descubrir sus verdaderas raíces y no contentarse con combatir sus excrecencias más visibles. Menos aún se debe imitar ese militarismo, como hacen los socialdemócratas y

los comunistas, para quienes, en suma, esas consecuencias fatales — la infiltración de la mentalidad militante, importan poco, puesto que son partidos organizados jerárquicamente y no quieren más que adueñarse del Estado con su inevitable organización militar, policial, judicial. Para los anarquistas todo eso no es más que un enemigo más a combatir y desde hace mucho han perdido la esperanza de que esos socialistas autoritarios lleguen a ser alguna vez un factor progresivo en las luchas del porvenir, lo mismo que los librepensadores y los hombres de ciencia saben que los clericales y los jesuitas están eliminados como factor de un progreso intelectual cualquiera.

Estoy lejos de negar que también los verdaderos revolucionarios, cuando se trate de verdaderas luchas, procederán con una competencia técnica, y la menor acción aislada o provisoria exige tal competencia, pero de ahí al cultivo esmerado del nuevo militarismo socialista, hay tanto como de la mentalidad de los franco-rebeldes a la mentalidad de los charcos paralizados que son el cuerpo de guardia y el cuartel, charcos cultivados hoy en los países de la preparación antifascista roja, en Alemania, en Austria y en el ejército de la Rusia llamada socialista. Guardémonos de eso y no pongamos el cuello bajo el nuevo yugo. Hubo siempre, y hay todavía, entre los anarquistas ese espíritu de iniciativa en actos, que languidece cuando hay incertidumbre, cuando todos parecen poner su fe en acciones colectivas que, muy a menudo, no se producen, pero que se pone alerta, se despierta y está dispuesto al mayor sacrificio cuando la opinión general se liberta del entorpecimiento que la invade algunas veces. Entre esos actos y el soporte moral general había siempre una correlación: sin tal resonancia los actos mismos se vuelven raros. Readquiramos todos entusiasmo y los que obren no han de faltar nunca. Dejemos las recriminaciones, las vendettas, la intransigencia de irreconciliables y creemos entre nosotros y a nuestro alrededor la atmósfera serena de la esperanza y de la confianza: entonces habrá una nueva expansión de nuestras fuerzas y se presentarán nuevos elementos de acción, elementos de ataque y de resistencia, que serán una fuerza más grande contra las dictaduras que los regimentados, uniformados del militarismo socialdemócrata y comunista. Un anarquismo de raíces profundas, de ideas amplias, que sepa mostrar a sus vecinos de todos los ambientes avanzados que es un factor práctico, útil del progreso y no un grupo aislado de algunos criticones rebarbativos en posesión, según ellos, de algunos dogmas infalibles, tal anarquismo no tiene necesidad de rodearse de una especie de ejército y de policía, como hacen los socialistas autoritarios. De él irradian influencias intelectuales y morales que crean a su alrededor una esfera de simpatía que será su mejor defensa.

Es en tales condiciones, pues, que será preciso que los anarquistas desplieguen un máximo de actividad en el tiempo presente y la demostración *ad oculos* de los excesos de la autoridad en materia política — fascismo — y en materia social — bolchevismo — nos da una ocasión verdaderamente magnífica para aproximarnos al mundo y hacerle conocer nuestras ideas: porque nosotros solos somos verdadera-

mente *desinteresados*, que no queremos erigir nuestra dominación política o social, mientras que todos los otros partidos no calientan más que su sopa en el incendio que amenaza destruir las adquisiciones de la civilización y rechazarnos hacia atrás por muchos siglos. Sólo nosotros sabemos explicar al mundo que toda esta miseria se deriva de la inercia y de la indolencia respecto de las primeras usurpaciones de la autoridad que, habiendo así echado pie firme, se multiplica como una peste y llega al fascismo sangriento y a esa caricatura odiosa de socialismo que es el bolchevismo.

Pero para hacer realmente valer esas concepciones, es preciso cavar profundamente, sabiendo en qué grado, del principio al fin, está viciada y extraviada la mentalidad general sobre esos problemas importantes. Es verdaderamente imposible, en todos los dominios, comprender una explicación cuando se ignoran los primeros elementos de un asunto. Si se me muestran dos bellas casas, no siendo arquitecto, no sabría decir cuál está más sólidamente construida y así pasa con todo. Para los hombres que nos rodean, lo que constituye la diferencia entre un socialismo anarquista y un socialismo autoritario que se dice ultrademocrático, entre un internacionalismo serio y sincero y un nacionalismo enguinaldado con una bella fraseología que se dice muy humanitaria, no es siempre fácilmente visible y a menudo es incomprensible, y gracias a su medio habitual se inclinarán todos instintivamente hacia el lado autoritario, no verán ningún mal en "un poco" de autoridad, se reirán de nuestros "temores" por las consecuencias fatales de la autoridad, y así tragarán enteramente la versión plausible que los autoritarios les presentan sobre todo. A lo sumo nos dirán que es "muy bello" lo que nosotros decimos, pero que es "imposible". Sólo cuando se sepa cavar hondamente, enseñarles con amplitud, podrán comprendernos y entonces no estarán con nosotros sino en grados variados, desde la solidaridad activa a las simpatías vagas y muy pasivas. El sentimiento de clase no entra ahí para nada; gracias a él se solidariza uno en la lucha de todos los días y el mayor número se une al mayor número y no a los grupos más débiles, los sindicalistas y revolucionarios, y a los grupos de ideas, los anarquistas. No se llega a la anarquía más que por un trabajo intelectual serio o gracias a un temperamento rebelde libertario, y también las simpatías generales por nuestra causa, de que tenemos tanta necesidad y cuya creación descuidamos demasiado, tienen necesidad de ese trabajo o del azar del encuentro de los temperamentos felices.

Fascismo y bolchevismo nos permiten hacer ese trabajo educador sobre la más vasta escala, si queremos aprovecharnos sólo de esa ocasión de una manera esmerada, no caprichosa y espasmódica. Las maldiciones, injurias y palabras gruesas son una satisfacción para escritores y autores, pero no conducen más allá: ni el bolchevismo, ni el fascismo retroceden ante la indignación y el disgusto que se ha derramado sobre ellos durante diez años. Es incontestable que esos dos sistemas no habrían podido mantenerse sin razones poderosas que no los legitiman — como un mal no es legitimado por su existencia, debida a causas determinantes, — sino que los explican, y si se puede debilitar o eliminar esas razones, el mal será obstaculizado. Limitando-

me aquí a la discusión del fascismo solo — el tema de esta cuarta cuestión del congreso que discuto —, estoy más convencido que nunca de que su más fuerte raíz es el nacionalismo.

*
*
*

Acabo de leer una carta de Filippo Turati (París, 25 de septiembre de 1929, el cual a una afirmación de un periodista francés de que "las reivindicaciones del imperialismo italiano" no datarían sólo del triunfo del fascismo y que "ese imperialismo tan ruidoso y provocador" no desaparecería pues necesariamente con el "restablecimiento de las libertades públicas", opone un desmentido muy formal. Constató que la antigua Roma aburría a la juventud en las escuelas, que el libro del abate Gioberti sobre el *Primito* italiano quedaba casi olvidado, que el pueblo italiano no tiene siquiera — y este es quizás uno de sus defectos — el menor espíritu colonista o colonizador. Después de la derrota de Adua (tengo un poco de vergüenza en confesarlo) Menelik, que nos había batido, se había convertido casi en un héroe nacional", etc. y concluye: "se deduce de ahí que el imperialismo ruidoso no pertenece por completo más que al bluff fascista, y que "no resistirá — oh, no, ni un minuto — al restablecimiento de las libertades públicas".

Estas observaciones, que no pretenden agotar la cuestión, sin duda, me parecen poco suficientes por su tendencia a minimalizar la cuestión. Turati ha crecido sin duda y vivió en una época en que se empleaban mucho menos las palabras groseras y se hacía menos ruido, cuando las groserías públicas de los Mussolini y de los Pilsudski habrían matado a sus autores con el ridículo y el disgusto que habrían promovido. Entonces no se habría leído el telegrama de un prefecto de Bozen (Sud del Tirol anexo) con motivo de la abolición total de la lengua alemana, la del país anexo, en la educación y la vida pública en favor del italiano, el 1 de octubre de 1929 a Mussolini: "Duce, desde hoy hunde la Italia fascista como la expresión de todas sus fuerzas subordinadas a vuestras órdenes su talón de hierro más hondamente y para siempre en este territorio romano, que es un puesto avanzado"... Huir "su talón de hierro" en un país habitado desde hace catorce siglos por una población de lengua alemana, porque unos siglos antes aún legiones romanas han subyugado a las poblaciones locales, célticas entonces, que no habían llamado ciertamente, a los romanos, — eso es política nacional moderna y no se hablaba abiertamente de tales "talones de hierro" en la Italia oficial de la juventud de Turati. ¿Pero no ha vivido a través del culto de Mazzini y de Garibaldi y de todos los hombres del Risorgimento que penetraba toda la vida pública italiana, un patriotismo romántico tan exaltado y tan apasionado que ha debido ser mucho más impresionante sobre toda la juventud, sobre toda la población, que los gestos de mal gusto de los imperialistas fascistas presentes que rechazan por su carácter exagerado? Si un Mazzini y Garibaldi, hombres íntegros, e incluso ese viejo Gioberti y todos, absolutamente todos los hombres notables y de valor reconocido, han preconizado ese patriotismo extremo, la semilla del nacionalismo presente ha sido bien esparcida. Después de

1870, la toma de Roma, la Italia oficial ha debido declararse satisfecha en territorio, porque si había todavía en Austria, Suiza, Francia, Malta, Túnez algunas poblaciones italianas no estaba de ningún modo en moda entonces en Europa el considerar un crimen imperdonable y una razón para una guerra de conquista el hecho que poblaciones de la misma lengua que habitaban varios países, como por ejemplo la lengua francesa, que se habla tanto en la Suiza romanda como en Bélgica. La Italia oficial no ha promovido pues reclamaciones territoriales desde 1870 a 1914 y los hombres que han influenciado la opinión pública, habrían podido trabajar en habitar los espíritus a sentirse menos expoliados en sus aspiraciones nacionales después de la reconstrucción desde 1859 a 1870 de una unidad territorial italiana tan amplia y tan sólida como no había existido nunca desde la antigüedad. Lo que ocurrió fue esto, que los hombres públicos ligados a la política abierta se han abstenido en cuanto a reclamaciones nuevas en Europa, pero cultivaron cuidadosamente el patriotismo caldeado de las décadas anteriores a 1870. Y al lado de ellos hay en ese movimiento, velado por razones de política exterior, pero no menos intenso, persistente y creciente, el *irredentismo*, que preparaba la política expansionista en Europa y que, nutrida por todos sus adherentes latentes y silenciosos hasta entonces, se manifestó como *intervencionismo* en 1914-15 y después de la guerra, cuando los apetitos nacionalistas e imperialistas no estaban todavía saturados, como *fascismo*.

Cuando, en 1919-21 sobre todo, los sufrimientos del pueblo de post-guerra, las reformas y conquistas sociales entrevistas en esos años en que la revolución rusa era el gran ejemplo de una caída total de régimen político y social capitalista palpable, al alcance de la mano, casi, de toda la Europa, cuando todo eso promovió las grandes esperanzas sociales y socialistas y anarquistas de esos años, entonces el *nacionalismo* siempre insatisfecho y codicioso, con el apoyo del gobierno confundido y de los capitalistas naturalmente antisocialistas creó diversiones — la de d'Annunzio primero, tomando Fiume. Pero los yugoeslavos pesaban igualmente en los buenos oficios de los dueños de los destinos europeos y no fue posible a Italia hacer echar mano así, inoficiosamente, sin guerra, sobre el litoral adriático, toda la Dalmacia. Entonces, como por la toma de Roma en 1870, la Italia oficial ha debido declararse de nuevo completa por el momento o satisfecha en Europa o limitarse a implantarse sobre islas griegas y en Albania. Es entonces cuando el nacionalismo, mimado y alentado por las indulgencias de tantos años, convertido en una fuerza militante por sus campañas antisocialistas financiadas y comandadas, obró al fin por sí mismo y a rienda suelta se posesionó del poder — operación que ha exigido sin duda hombres de puño templado en todas las infamias de la ralea de los partidos en el poder, Mussolini y su banda íntima, pero que tenía en sus velas todo el viento soplado por un siglo de nacionalismo ininterrumpido y cada vez más acentuado. El éxito rápido y la larga duración de ese régimen me parecen probar que tiene sus raíces profundas y de ahí concluyo que, si se quiere derribarlo realmente, hay que cortar esas raíces.

*
*
*

Es como respecto de la socialdemocracia y el bolchevismo donde nada se ha hecho; si se disputa con los hombrecitos de hoy — se acude a Marx y también a Lenin, que ha hecho de Marx, de Blanqui y de otros un socialismo autócrata de su propia invención, que cambia de aspecto y de táctica según las voluntades autócratas. Por tanto en nacionalismo, de Mussolini es preciso remontarse a Mazzini y más allá, a los Papas y a los Césares de la Segunda y la Prima Roma, puesto que ahora, se ha levantado las anclas hacia la Tercera Roma y los "talones de hierro" se ponen otra vez sobre los vencidos. Si por tanto se tiene la buena voluntad de difundir las ideas de humanidad de fraternidad humana, en lugar de las de conquistas nacionalistas e imperialistas, se quitará al fascismo una de sus más fuertes raíces.

Otra de sus raíces, es el culto a la autoridad, al talón de hierro puesto sobre el más débil, al hombre para una "servidumbre voluntaria" que se sometió al Estado, ese pretendido ser abstracto, que no es la colectividad natural de los habitantes — la sociedad, — que no es otra cosa que la colectividad accidental de los funcionarios de la hora, dirigida por la camarilla que sabe tener la mano sobre ellos, en caso necesario por un bandido afortunado solo, como Mussolini.

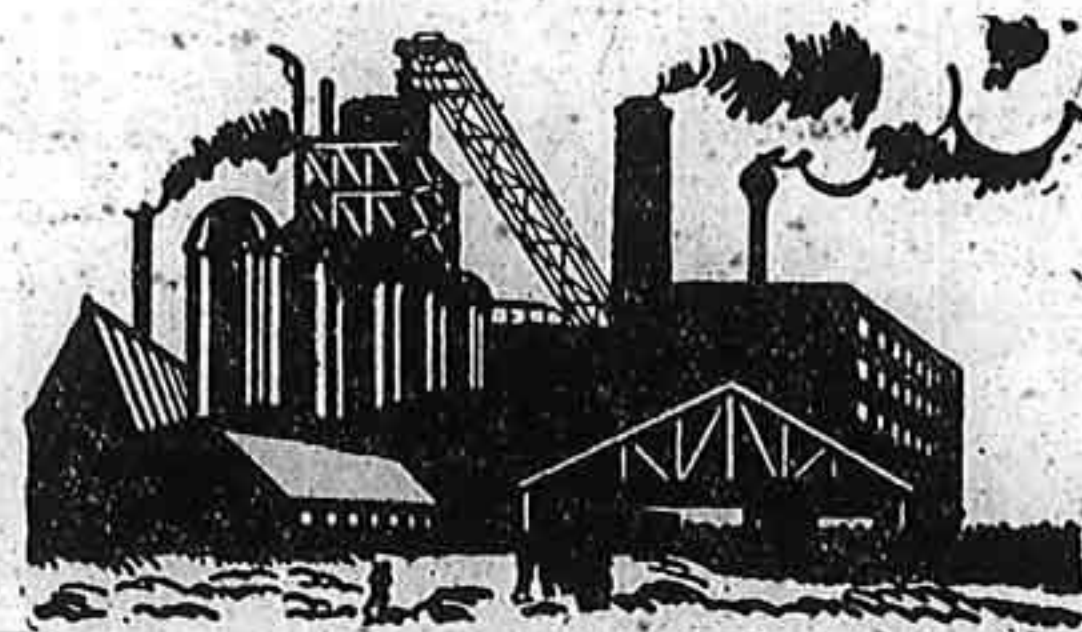
Todo el talento literario y erudito, elocuente y apasionado italiano sembrado a través del mundo en el destierro hoy apenas bastaría, si quisiera aplicarse seriamente a tal explicación y propaganda verdaderamente humanitaria basada en la historia italiana y europea en sus verdaderos aspectos. No son los anarquistas italianos solos los que podrán hacer eso, si los hay que quieren realmente hacerlo. No veo otro camino; como acabo de decir, si es lógico que se remonte a Marx, debe ser lógico también remontarnos a Mazzini, que ha pasado, como Marx, una cuarentena de años inculcando sus ideas con una insistencia igual a la de Marx en el espíritu las generaciones de las que las generaciones presentes, por vía de partido y de propaganda, descienden todas directamente.

En los otros países de Europa, lo que se llama fascismo, tiene un sentido muy diverso y variado. Es que las diversas tendencias reaccionarias a que llegó el primero se sirven del nombre de fascistas para encubrirse en el prestigio poco envidiable de que disfruta Mussolini como encarnación de la violencia y de la arbitrariedad sin frases. En mi opinión, se comete un gran error al hacer el juego a esos plagiarios de camisas en colores y de palabras groseras, llamándoles fascistas sin discernir más. Eso les adula, quisieran muy bien serlo, pero les falta el substratum, todas las condiciones que han permitido a Mussolini crecer y que han sido verdaderamente únicas. Así en España, por ejemplo, si hay un general de aires dictatoriales que ha creado todo un régimen a su modo, que dura todavía, en ese país faltó absolutamente, según mi impresión, en la población el elemento nacionalista que constituye la fuerza de Mussolini. El pueblo español considera su régimen dictatorial como un gobierno cualquiera, que no amaba más, y ese sistema pasa sobre él sin dejar ninguna impresión. En Italia no es lo mismo, ni en Rusia, donde los sistemas dictatoriales tienen la mano sobre la educación y sobre

toda la vida, pública y en gran parte también privada, de las publicaciones y que, por presiones desenfrenadas y refinadas han puesto la mano sobre todos los espíritus. Esto, felizmente, no le es posible hacerlo todavía a los fascistas de los otros países.

Concluyo pues que merecerán más de la humanidad, y la humanidad les quedará más reconocida y oír sus consejos, aquellos que sepan dar la mayor profundidad y amplitud intelectual y moral a la gran lucha contra el fascismo político y social, que procede de Mazzini y de Marx y a través de ellos de todos los autoritarios de todas las edades. Esta lucha no sería de ningún modo una especialización o un desmembramiento nocivo de los esfuerzos anarquistas, sino al contrario es nuestra gran lucha, aplicada allí donde la humanidad sufre más en este momento y es más susceptible de buenos consejos y apoyo. Sólo nosotros, como socialistas y libertarios desinteresados y como internacionalistas verdaderamente humanitarios podemos dar a esta lucha su verdadero carácter: porque todos los otros que se mezclen en ella, todos los partidos autoritarios por tanto, son fascistas y dictatoriales ellos mismos en su fuero íntimo, aspirantes a su propia dictadura. Esta lucha no será la última lucha contra el Estado y el capital, una lucha que no dependerá de nuestras fuerzas solamente que son todavía tan débiles, sino que será precisamente una lucha que extenderá nuestra esfera de acción, que ensanchará nuestras filas y que creará así una base más amplia para nuestra propaganda. Ayudemos pues a la humanidad en esta crisis y sus mejores espíritus serán iluminados y todos nuestros movimientos recogerán sus buenos resultados. Nuestras voces presentes se limitan demasiado a expresar nuestro propio resentimiento que es cosa sabida desde el primer momento. Se trata pues de hacer mucho más, de dar a la humanidad las armas intelectuales y la fuerza moral para vencer el mal ella misma, disociándose de la autoridad en todas sus formas. Seamos productivos y creadores en este terreno del espíritu, de las mentalidades y todo el resto se seguirá por sí solo. Obremos con inteligencia en esta gran ocasión y al separarse del fascismo con un desprecio universal, una parte preciosa de la humanidad se desviará también de toda autoridad y nuestra causa habrá dado un gran paso hacia adelante.

7 de octubre de 1929.



EMILIO LOPEZ ARANGO

“LA PLANCHADA”

ACUARELA

Sobre las aguas barrosas, grasientas y muertas, aprisionadas en los diques, cual animales perezosos y gigantes flotan los vapores de ultramar, ventrudos y esbeltos, con la arrogancia majestuosa de un gliptodonte de acero...

En la ribera se apiña la multitud heterogénea, exótica; la plebe sudorosa y maloliente, formando una cadena interminable, un rosario de brazos nervudos que semejan sobre el mullón de piedra, una muralla de carne...

El puerto de Buenos Aires parece un mercado de esclavos. El trabajo se remata en subasta pública. Y trabajan los que son amigos del capataz, o los que tienen cara de brutos o miento a la bestia, al trabajo brutal e inconveniente, el triunfo de la animalidad pretérita que se impone al hombre y a su civilización. El puerto de Buenos Aires ofrece, al comenzar la cotidiana labor que pone en actividad tantas energías, un doloroso contraste con la ciudad esplendente y la magestuosidad de sus avenidas. ¿Calculan los mercaderes y los traficantes y los caballeros de la industria y del comercio, el esfuerzo que significa repletar el vientre de esos monstruos de acero que flotan sobre las aguas barrosas, grasientas y muertas en los diques? ¿Pensaron una sola vez en espaldas de bestia. El capitalista, que paga seis pesos a un cargador, quiere que éste tenga buen lomo y buenos brazos, que resista el trabajo abrumador de ocho horas consecutivas, que lleve al día muchas bolsas, y que las lleve hasta con elegancia... Es un reconocido la suerte ingrata de esos miles de parias reducidos a la condición de bestias para ganar un jornal insuficiente; dé esos miles de esclavos que viven por instinto de conservación, aferrados a su fatalismo, con la resignación en sus rostros famélicos y el rencor en sus pechos sin entrañas ya?...

Tira, tira... Son las 7 de la mañana. La multitud comienza a agitarse. La cadena humana se desarticula, se estira, dejando espacios entre una y otra bordada. Los obreros

forman grupos, y el capataz, desdeñoso, con aire impertinente, elige a los hombres, como se elige a las bestias en uniforme rebaño.

Tira, tira... Diez hombres, quince, veinte, aferrados a la "planchada", satisfechos de "ganar el día", arrastran el enorme tablón que colocan, en forma horizontal, del muelle a la borda del buque. Otros empujan los vagones cargados de cereales. El resto mira con envidia a los "prendidos" y esperan con la esperanza de que el capataz "haga más gente". Y el trajinar comienza, silenciosamente, porque sólo el capataz manda y ordena y los demás obedecen, olvidándose de todo en aquel momento en que la bestia suple el lugar del hombre.

* * *

Hace días hubo un incidente trágico sobre una "planchada". Desde hacía dos horas, quince o veinte hombres, sudorosos y jadeantes, subían y bajaban en un ir y venir abrumador y continuado. El monstruo tenía vacío su vientre de acero y flotaba majestuoso sobre las aguas barrosas y grasientas, y la planchada caía a pico sobre el muelle. Y había que subir aquella pendiente con setenta kilos de trigo en las espaldas, y seguir el paso que marcaban los más fuertes, porque nadie quiere ni puede pasar por "flojo", ya que en ello se basa el pan de los hijos, la única posibilidad de vida...

Un hombre extenuado ya por tan sobrehumano esfuerzo, cayó sobre la "planchada", dejando resbalar la bolsa que cargaba, hacia el río, que agitó sus aguas y abrió un círculo límpido en su superficie grasienta. Al incidente aquél siguió un momento de expectación. Los hombres volvieron la cabeza cual bestias cansinas, y el capataz, enfurecido, apostrofó al "flojo", que ensayaba una disculpa.

—¡Inútil, qué se ha creído que se viene al puerto a robar la plata!—rugió el capataz.

Nadie se indignó por aquel apóstrofe brutal. Indiferentes, regocijados casi, siguieron los

FERNAND DEMEURE

Un precursor de la libertad: La Boetie

En todos los tiempos los hombres han aspirado a la libertad y han celebrado sus faustos y sus felices coyunturas. No hay edad que no haya tenido una voz a la vez severa y capital para proclamar la vergüenza de la sumisión y hacer pasar en los espíritus amodorrados el soplo ardiente y puro de las épicas emancipaciones. Nuestra edad es una de las raras épocas que no producen ese desencadenamiento mayúsculo. Vivimos bajo un simulacro de emancipación y bajo la dependencia de mil reyezuelos y tiranuelos tanto más invulnerables cuanto que son anónimos, disimulados y sutiles. Ya lo había advertido bajo una forma irónica y violenta Anatole France, que pareció un instante querer ser ese educador de las muchedumbres en el amor a la libertad.

Ese amante espléndido de la diosa liberal, todos los tiempos, incluso bajo la bota de los soldados y el arma de los espadachines, lo han poseído. Siempre se elevó la palabra vengadora desde el fondo del desierto de las ciudades dormidas en los "far nientes" desolados. Y fué tanto más sonora y vigorosa en el tiempo en que se fundaron las primeras dinastías de las realezas francesas.

Primeramente no fueron más que canzonetas, epigramas, sátiras chocarreras, toda una flora de escritos críticos y galos. Se burlaban de sus amos aspirantes como se ridiculizaba uno mismo el obedecerles. Después vino la hora de los sobresaltos. Tras las farsas y las fábulas, he aquí que aparece d'Aubigné. Es el instante de las grandes luchas políticas. Se forman partidos; el suelo se eriza en facciones. Se intenta crear un poder y encorvar bajo su dominio único a las fuerzas esparcidas e incapaces para adquirir conciencia de sí mismas. En fin nace la po-

cargadores su trajinar de bestias, y el "flojo", incorporándose, después de limpiarse con la manga de su blusa grasienta el sudor que bañaba su frente, sin mirar a sus compañeros de fatigas, se alejó silencioso, ribera adelante, mientras el capataz, con voz broncea, gritaba a los que quedaban:

—¡Bolsas, bolsas, muchachos!

La página que transcribimos no es sólo un capricho literario, sino una escena vivida por el autor cuando trabajaba de estibador en el puerto en 1919, después de haber sido expulsado de Santa Fe. Se publicó en la revista "Prometeo" de Buenos Aires.

lítica. No es todavía la hidra bestial y salvaje que llegará a ser, pero ya se bate en su honor. Se levantan barricadas; tiros estallan en cohetes asesinos. Machiavelo escribe "El príncipe", que se convierte suavemente en el breviario, en el acto de fe y de resolución de algunos. Se disputan esas ideas. Ya, en la Corte de Francia, hay gentes que sueñan, y en particular Catalina de Médicis, con instaurar ese poder absoluto cantado por el célebre italiano. En 1576 un docto jurisconsulto, Jean Bodin, publica su obra en favor del absolutismo, *Sur la republique*, a la cual responde Hubert Languet con una obra en latín *Vindiciae contra tyrannos*, traducida de inmediato en francés, con el título de *Puissance légitime du Prince*, donde el autor reivindica ya el derecho a la revuelta para el pueblo ante las vejaciones o las ilegalidades del poder constituido. Hay ya allí, en potencia, párrafos de la Declaración de los derechos del hombre, está ya el derecho de resistencia, el derecho de huelga.

Todo esto, en suma, un poco confuso y de un alcance moral relativo.

Pero el gran escrito libertario de esta época es la obra menuda de Etienne de la Boetie, *Sobre la servidumbre voluntaria*, que los fanáticos llamaron pronto "El contra Uno".

En esas páginas cursivas, estamos lejos de toda la literatura compacta que florecía entonces alrededor del menor escrito. Una gran sobriedad constituye el fondo y la fuerza de la *Servidumbre voluntaria*. Ese pequeño tratado es tan actual como puede serlo una teoría política moderna cualquiera. Es vivo y preciso, claro y perentorio. No sólo el fondo es vivo y poderoso, sino que también el estilo carece de altisonancia y de tibieza; el estilo tiene la sencillez que se encuentra en las obras sinceras y el fuego que se siente en las vigorosamente sentidas. Hay gentes que le reprochan en algunos lugares un tono de declamación, queriendo insinuar así que es el trabajo de un escolar. El falso. Una leyenda inventada por Montaigne, para servir sin duda misteriosos intereses personales, nos quisiera hacer pasar la *Servidumbre voluntaria* por un simple trabajo especulativo, sin otro alcance que una preocupación de charla habilidosa y de ejercicio falaz. La tesis de Montaigne, adoptada por casi todos los comentaristas posteriores es hábil. Basta controlar las fechas para descubrir la cautela artificiosa. No se quiere que ese señor inteligente y personaje oficial del parlamento de Burdeos en 1552 haya tenido ideas



que se llaman subversivas. Se le conceden con gusto todas las virtudes: la integridad, el saber, la voluntad, la inteligencia, la justicia — fuera de la sinceridad de su escrito. Etienne de la Boetie ha mentido en su libro. Sus opiniones no eran esas. Es una diversión, una broma todo ello. Sin embargo no se nos explica cómo entonces pudo dejar circular ese pequeño trabajo sus contemporáneos sin protestar ni recriminar.

Este libro, se acaba de decirlo, está repleto y es siempre actual.

Compuesto verosimilmente al vigésimo o vigésimo segundo año de La Boetie, paralelamente a los poemas de Ronsard y de du Bellay, es decir hace cerca de cuatrocientos años — notemos al pasar que Etienne de La Boetie ha nacido en 1530 en Sarlat y que vamos a celebrar muy pronto su cuarto centenario — la *Servidumbre voluntaria* vale la pena de que se lea hoy.

Veamos este libro.

La Boetie tiene visiones muy clara y juiciosas sobre las cosas de la vida, sus combinaciones, sus rodajes, sus realidades. Ha comprendido uno de los primeros esta verdad esencial: no es la inteligencia el saber, la fuerza muscular lo que constituyen la fuerza moral y la importancia de un individuo; es el reconocimiento de esas facultades en ese individuo por los otros individuos que a menudo tienen tantas y más fuertes dosis de esa virtudes. Que venga el instante en que la muchedumbre ponga en tela de juicio a ese hombre en el pináculo su saber, su fuerza, su potencia, su inteligencia y no es ya nada más. Todo eso no le servirá para más, porque

todo ello no es hecho más que de renombre — bueno o malo — que se acuerda a las gentes en plaza.

A estos, como a los otros, la naturaleza los ha creado buenos. Ella los quiere a todos "compañeros y hermanos". No es en vano ni por un placer maligno como ha hecho a los vigorosos ni sobre todo para que estos someten a los débiles, para defenderles y no para gozar de ellos. La Boetie anunciaba ya el socialismo y llamaba la hora en que los hombres, por fin unidos, vivirían en comunión fraternal y pacífica, sin coacción, sino la tierna coacción de la amistad. Porque la dominación como el sometimiento son contrarios a la naturaleza. Todos los hombres son iguales y nadie puede pretender dominar sin salir de la ley natural. Puede ocurrir que por engaño, por audacia o por mixtificación alguien llegue al poder, pero ¿es por eso más grande, más fuerte? no es él quien se impone al vulgo; no existe más que en función de la tolerancia que se tiene ante él y bastan muy pocas cosas para desembarazarse de ese dios de arcilla. Porque toda dominación no se mantiene más que por la pasividad de los gobernados; que ellos no quieran repentinamente permanecer más en su indiferencia, e inmediatamente el "tirano" se derrumba a sí mismo. Pero ese acontecimiento ¿se producirá fácilmente? Contra él luchan la costumbre, el hábito, las tradiciones. Mi padre vivía así, piensa el hijo, y se ofrece al yugo por una especie de obediencia tácita a la memoria paterna. Y después, está también la influencia del medio, de la educación. El único medio de liberación entonces: es la instrucción que, sin duda, podrá abrir los ojos al pueblo.

A la verdad, este tratado de la *Servidumbre voluntaria* es una manera también de refutar a Machiavelo. Pero la "tiranía", el "tirano" puede ser también una asamblea. ¿Qué diferencia actualmente, por ejemplo, entre el poder de un hombre y el gobierno francés contemporáneo? Muy poca, sino que no asumiendo nadie responsabilidad, se sigue de ahí que no es responsable, y que errando la revuelta sobre el objeto de sus resentimientos legítimos vacila, se vuelve difícil, tatea y fracasa.

Por otra parte un medio muy sencillo y atractivo para obviar toda tentativa de motín, para gobernar, para subyugar sin riesgo y seguramente, es multiplicar las tabernas y los espectáculos y las paradas, las decoraciones y los favores. El pueblo saca el olvido de sus miserias en los venenos y en la contemplación de los oropeles. La Boetie conocía bien a los hombres verdaderamente y su tema podría ser escrito ahora mismo.

Así, he ahí lo que se encuentra en el breve opusculo de ese precursor que, por otra parte, ha mostrado también los daños y la vanidad de las empresas guerreras, al menos en cuanto al pueblo, estimando con Scipión que es mejor salvar la vida a un ciudadano que fusilar a cien enemigos.

La Boetie era un sabio. Ese magistrado, escritor de veinte años, muerto a los treinta y tres, conocía la vida. Poseía sus sutilezas como las de los hombres. Su librito hecho con el entusiasmo ardiente y reflexivo de un adolescente estudioso, ha llevado su

A. VIDAL

El exclusivismo anarquista

El anarquismo no es un dogma, ni es, tampoco, un movimiento que tenga cotos cerrados, para que todos los individuos tengan que someterse a la propagación de un sistema o plan de realización presente o futuro. No exige a ninguno de sus militantes que se sometan o se adhieran a un plan de propaganda y actuación uniforme en el presente. Eso lo hacen los partidos políticos y las religiones que tienen un programa prefijado, limitado, más allá del cual es una herejía querer ir, que se castiga con la excomunión.

El ideal anarquista es un ideal ilimitado e indefinido, como la vida, que va siempre al más allá, hacia la mayor perfección del individuo y de la sociedad. El anarquismo, como movimiento revolucionario y de transformación, tanto en el orden económico como en el intelectual y social, tanto en el orden colectivo, como en el individual es una afirmación y una negación. Negación del principio de autoridad y del dominio y la explotación del hombre por el hombre; afirmación de un ideal y una aspiración de libertad y de equidad social, donde todos los individuos sean absolutamente libres e independientes para hacer lo que quieran, porque todos tendrán suficiente conciencia para querer el bien para sí y para los demás.

Nada hay más lejos del dogma que el anarquismo. El ideal anarquista es plenitud de libertad para todos y cada uno de los hombres. Por eso la propaganda anarquista tiende a que cada hombre sea una entidad pensante, completamente libre e independiente, que actúa de acuerdo a su libre voluntad, siendo dueño absoluto de su albedrío, y siendo al mismo tiempo que miembro de una colectividad, libre y autónomo para hacer todo lo que quiere y dedicarse a la labor que más le agrade, ya sea individual o colectivamente, buscando sus colaboradores entre sus afines. Todo individuo que niegue el Estado, que no se someta a ninguna de sus imposiciones, — esto se entiende, que no acepte voluntariamente las imposiciones del Estado, lo que significa esclavitud y sometimiento voluntario, porque ya se sabe que el individuo de no adaptarse, en cierto grado, dentro del orden social actual, se condenaría a perecer — que desconozca y niegue el derecho de propiedad y de herencia; que niegue y combata la religión, por falsa y negativa para suprimir las causas del dolor humano; que se niegue

también a secundar la labor de todos los partidos políticos, porque ella no es más que un paliativo que a nada bueno conduce y que es el medio donde se incuban tiranos y gobernantes; todo individuo que niegue todo eso y afirme un pensamiento de libertad, sea el que fuere su criterio sobre las realizaciones futuras, siempre que descarte la necesidad de un gobierno que reglamente y codifique la vida social, tiende con sus esfuerzos a la abolición de todos los privilegios que dividen a los hombres, y a la implantación de una sociedad de hombres libres e iguales, va hacia el anarquismo, y es anarquista, aunque él no lo diga.

Claro está que el anarquismo, como movimiento que aspira a una total transformación en las formas de convivencia social y en las instituciones, para no hacer solamente una labor de crítica a la sociedad presente, que por muy buena que fuera nunca daría los resultados apetecidos, porque los hombres necesitan organización, normas y costumbres para la vida en sociedad, ha bosquejado una cantidad de sistemas, — todos ellos en proyecto, ya que hasta ahora ninguno fué puesto en práctica — para la reorganización de la sociedad futura. Todos esos sistemas, sin excepción, tienen como punto de vista buscar la mayor felicidad y el mayor bienestar posibles, del individuo, dentro de la mayor libertad, y prescindiendo de toda coacción y de toda imposición interior y exterior. Hay entre los proyectados sistemas el comunismo, el socialismo, el colectivismo, el mutualismo, el cooperativismo, etc., etc. proyectos que todos y cada uno cuenta con sus defensores aunque entre nosotros el que predomina es el comunista.

Pero lo malo no es, a mi modo de ver, que se hayan bosquejado tantos proyectos de reorganización y de reconstrucción de la sociedad futura, pues que, como todos tienden a la libertad integral del individuo, todos pueden ser realizados como práctica de experimentación, sin que excluyan los unos a los otros. Luego, como no habrá ningún gobierno, ni ninguna organización coercitiva, que pueda dictaminar ni imponer nada por la fuerza, la experiencia y el buen sentido de los hombres aconsejará aquel sistema de producción y de cambio que se vea dá mejores resultados.

Pero lo malo es que los defensores de cualquiera de los diversos sistemas, excluyen a todos los otros negando que los demás puedan ser buenos, lo que a menudo da lugar a luchas bizantinas entre anarquistas, cada uno para hacer triunfar su proyecto, por creerlo superior a todos los demás, aunque la experiencia práctica no nos haya demostrado la superioridad de ninguno. Y lo peor del caso, es que se niega con un aplomo desconcertante, que en un mismo país, región, ciudad o en una misma colo-

nia agrícola se puedan poner en práctica como ensayo experimental dos o más sistemas a la vez.

Bueno es recordar a los compañeros que así piensan que ese criterio no es muy anarquista; pues, si se llegara mañana a producir una revolución de carácter social, en un país y uno de los grupos, aunque fuera el más numeroso, quisiera imponer a los otros su sistema preferido, caeríamos lógicamente en los errores y los males que combatimos en los gobiernos actuales, porque los obligados a practicar un sistema que no era el de su preferencia y que no lo creían bueno, verían coartada su libertad y su libre iniciativa de ensayar el sistema preferido.

Afortunadamente, y para bien del ideal anarquista algunos compañeros empiezan a reaccionar contra el exclusivismo y vienen bregando porque los militantes partidarios de los distintos sistemas económicos, bosquejados por nuestros precursores y maestros, lleguen a un entendimiento mutuo y a la mutua tolerancia, para que nuestra labor propagandista sea más amplia y eficaz. Estas corrientes de amplia libertad, son sin duda una de las mejores pruebas del dinamismo de la fuerza creadora de la ética anarquista. Hombres hay también, que con un criterio estrecho y una carencia absoluta de comprensión y de criterio libertario, lanzan sentencias, en forma de afirmaciones, calificando de reformismo todo lo que discrepa con su interpretación particular del problema social y humano, tanto para su realización en el presente como en el futuro. ¡Cómo si la realidad nos hubiera probado en la práctica que un sistema es superior a todos los demás que se han bosquejado para la sociedad futura!

No somos enemigos de que cada uno exponga sus conceptos sobre las realizaciones presentes y futuras. Por el contrario. Pero entendemos que esa labor de crítica a los demás conceptos y de exposición de los propios, para que sea fecunda, debe hacerse desde un punto de vista objetivo, con honestidad y con la debida delicadeza, para no zaherir a otros

compañeros, puesto que, si somos honestos en la interpretación de los problemas del ideal, esa misma honestidad puede haberla en los compañeros que dan una interpretación distinta a la nuestra.

Confiemos que el segundo congreso anarquista regional ha de saber interpretar el ideal y ha de ser un paso hacia la armonía entre todos los compañeros ya que si nos pueden separar cuestiones de interpretación táctica o teórica, nos une lo fundamental, la aversión al capitalismo y al Estado y la lucha por su total desaparición.

Montevideo, 1929.

LA DOBLE PERSONALIDAD

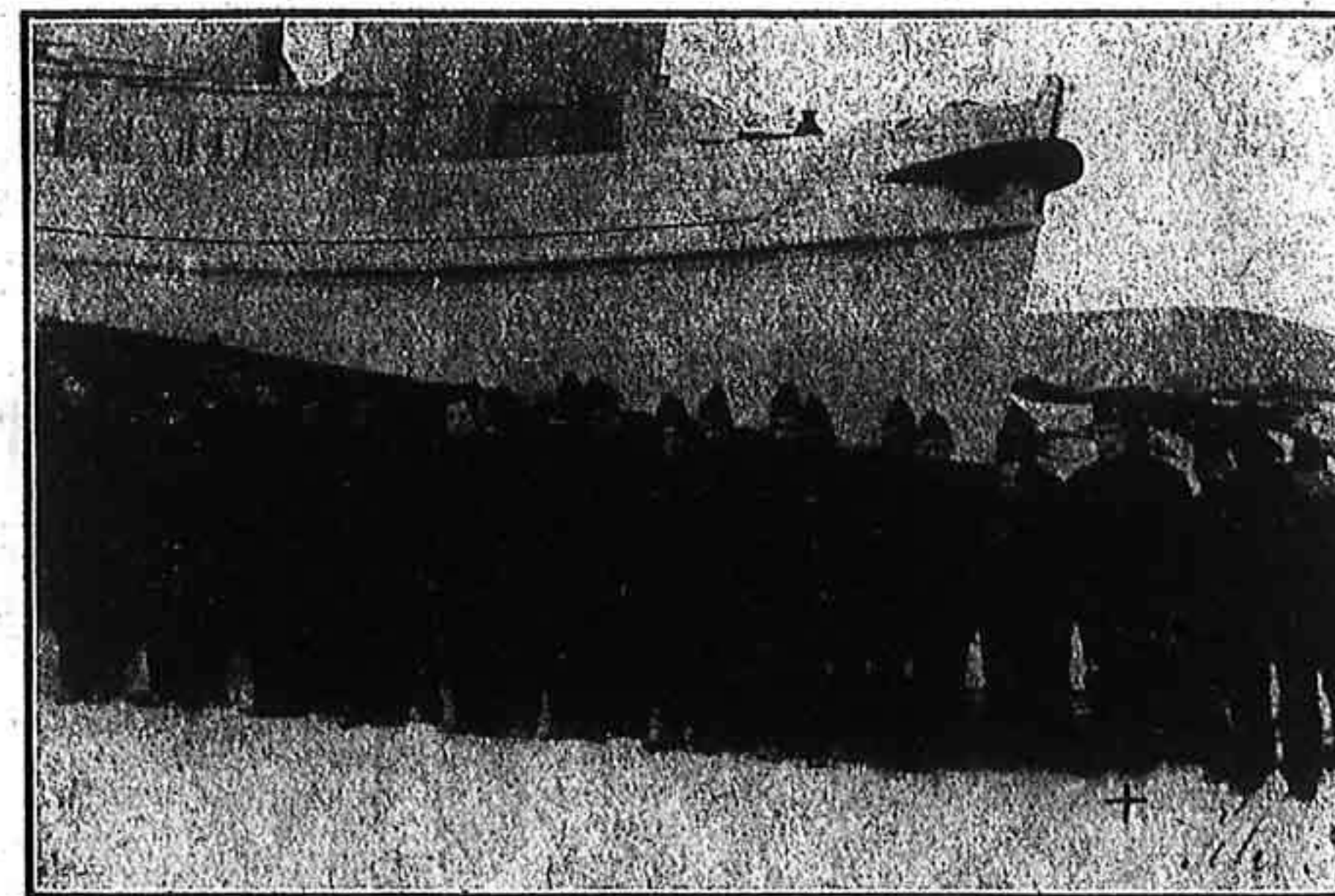
*Somos dos hombres tristes,
yo y el poeta. Dos pájaros sin nido.
Dos almas y una sombra dialogando
por las calles del solo parquecito
que es una bocanada de reposo
en el urbano laberinto.*

*En la calle atestada de negocios
chairean las bocinas y los gritos.*

*Aquí, nosotros solos; cada cual
absorto en sus problemas íntimos.
¡Los dos en uno y sin embargo
tan lejos y distintos!*

*El yo materialista, piensa
en su pan, su trabajo, su destino,
y el otro,
el lírico,
tratando de apresar entre la trampa
del cerebro, sus locos pajaritos.*

PEDRO GODOY



Del infierno fueguino: Simón Radowitzky (+) entre un grupo de penados.

nombre por más de cuatro siglos hasta nosotros, habiendo enseñado a los hombres en sus deberes a ser ellos mismos y trazado el camino triunfal de la libertad por donde entraron luego Jean Jacques y los hombres del 93.

OCTAVIO MIRBEAU

El hombre del granero

Cuando Clemente Sourd volvió del servicio militar, una mañana de invierno, todo embarrado por el fango del camino, todo mojado por la lluvia del cielo, no abrazó a su madre que trabajaba, no esperándolo, en una labor de costura, no se informó de su padre, que estaba en los campos, ni de su hermana, sirvienta en la granja de Hourdes. Y se sentó cerca de la chimenea, sombrío, sin pronunciar una palabra. Era un mozo alto, delgado, torpe, con manos velludas, y brazos largos que pendían como los de los gorilas. Tenía una frente muy baja, comida por largos y rudos cabellos negros, y ojos extraños, cuya mirada parecía estar siempre en otra parte.

La madre contempló a su hijo, completamente sorprendida de hallarlo así.

—¿Eres bien tú, Clemente? — preguntó... ¿Qué tienes, dí?... ¿Por qué no dices nada?... ¿Por qué has cambiado tanto?... ¿Acaso se entra de ese modo en casa de sus padres sin abrazarlos?... ¿Estás enfermo? ¿No tienes hambre?

Clemente se volvió sobre su silla, lanzó una especie de gruñido bestial... Después, se levantó de repente y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas? — le dijo la madre... — ¿Dónde vas, tan pronto?

—Voy donde voy — respondió Clemente con cólera. — Dejarme en paz.

Y la madre de Sourd, levantando los brazos al cielo, suspiró:

—¡Si es posible, por Dios!... ¿Y qué le han hecho a mi hijo para devolvérmelo de esa manera?

Clemente salió, encaminándose hacia la aldea y entró en la taberna sin vacilación.

—¡Hombre, es Clemente!, exclamaron algunos obreros sentados a la mesa, alrededor de una botella de vino... Ven, vas a beber con nosotros, Clemente... Vamos a rociar tu vuelta... Ven, pues, con nosotros, camarada.

Ni siquiera los miró, eligió una mesa alejada de los bebedores y, los codos sobre la mesa, los ojos ardientes, sus narices temblando al olor del alcohol de que estaba llena la pieza:

—¡Aguardiente!, ordenó.

No volvió a casa de sus padres sino por la noche, muy tarde, completamente ebrio.

Los demás días pasaron del mismo modo. Los reproches, los gritos, las amenazas fueron impotentes para cambiar en algo la conducta de Clemente. No respondía, no parecía oír siquiera y, bruscamente, abandonaba la casa para ir a encerrarse en el café. A veces, al volver de noche, encontraba la puerta cerrada, las ventanas atrancadas. Entonces, se dejaba caer a través del umbral y se dormía, con el rostro

en sus inmundicias. Al cabo de una semana, el padre le dijo:

—No podemos ya alimentarte sin que trabajes... No ganamos el dinero para que lo bebas... Trabajarás o te irás... ¡te irás al diablo!

—¡Está bien!, dijo Clemente.

Partió y no volvió más.

La madre lo esperó en vano. Sin que su marido lo supiera, descerrojaba la puerta, a menudo, de noche, para que su hijo pudiera encontrar la casa abierta, si le venía la idea de volver alguna noche. Pero Clemente no volvió.

Pasó un mes. No se había visto más a Clemente, ni se había oído hablar más de él.

—¿Dónde ha podido ir?... preguntaba la madre. ¿Ha muerto quizás?... Y si fuese cierto, si hubiese muerto, hubiera sido mal hecho, por nuestra parte, el haberlo arrojado de casa...

—¡Tanto mejor si ha muerto!, contestaba el padre. ¡Es un buen desahogo! ¡No podíamos guardar y alimentar un holgazán semejante!... ¡Nos hubiera roído ese haragán!

—¡De todos modos es nuestro hijo!, aventuraba la madre, que balanceaba tristemente la cabeza.

—¡Nuestro hijo!... ¡Nuestro hijo! — gritaba el padre. — Y después... ¡No hay hijo que valga!... Primero, ante todo, un hijo es alguien que trabaja y gana su vida. ¡Nada más!

Era preciso, sin embargo, preocuparse de la desaparición de Clemente. Se informaron acerca de unos y de otros. Nadie lo había visto en ninguna parte. En ninguna parte, ni en los bosques, ni en los caminos, ni en las tabernas, nadie lo había encontrado.

La madre, un poco más pálida ahora, decía, con lianto en los ojos:

—Se habrá colgado tal vez en algún rincón del bosque.

A lo que el padre contestaba, sin una emoción, haciendo el ademán del que pierde pie en las aguas profundas.

Salvo el caso de que se haya quizás ahogado en algún agujero del arroyo.

Y concluía:

que se ahogue!... Es cuestión suya... No es nuestro asunto.

Se hurgó la campaña, el bosque, las canteras de Marteuil, cuyas galerías van muy lejos, bajo la tierra; se sondeó el arroyo. Los gendarmes comenzaron sumarios inextricables cuyos resultados no fueron sino crapulosas embriagueces con los vinos embotellados; el tribunal persiguió una débil instrucción que no tuvo ningún indicio. En ninguna parte se encontró huella alguna de Clemente.

Clemente había desaparecido del país, como se desvaneció el humo en el aire.

Los meses, tres meses, seis meses pasaron. Desde hacía mucho tiempo, no se hablaba ya de Clemente. La curiosidad de los primeros días había sido pronto agotada. Otros acontecimientos, mucho más importantes, mucho más extraordinarios, mucho más incomprensibles, reemplazaban, renovaban, decuplicaban la agitación, producida durante un instante en las aldeas y las bordas de los alrededores por la fuga de Clemente. Algo inaudito, misterioso, diabólico, se cernía sobre la comarca. Una fatalidad terrible parecía pesar sobre cada casa. Desde el día en que Clemente había desaparecido — pero nadie había tenido la idea de establecer una correlación entre esos dos hechos — se cometían robos todas las noches. Al principio discretos, después audaces, tendían ahora a la devastación general. Se robaban aves; se desvalijaban los viveros. Perros, ovejas fueron robados. Algunos cerdos desaparecieron. El tío Sourd que criaba cada año una docena de gansos para venderlos, bien gordos, durante la Navidad, los vio irse, uno por uno, y de las seis gallinas ponedoras de la tía Sourd, no quedaron, una mañana, nada más que tres plumas en el gallinero vacío. Los despachantes de bebidas constataban también que les faltaban litros de vino y cántaros de aguardiente. Ricos y pobres, todos pagaban tributo. No se citaba a nadie que no tuviese que quejarse de un robo. Pero era sobre todo en la granja de Hourdes donde los estragos se hacían sentir. Pollos, pavos, gallinas de Guinea, patos, se deshacían, por así decirlo. El corral se despojaba de sus huéspedes. Cosa inexplicable y jamás vista, las vacas tenían las ubres secas cuando, al rayar el alba, las sirvientas del establo iban a ordeñarlas. Cosa más asombrosa aún, se hallaron, en los herbajes, bueyes muertos, de los cuales no quedaba más que el esqueleto.

¿Quién, pues, robaba y mataba así? Se acusó, al principio, a los vagabundos, los bohémios que se suceden, todo el día y toda la noche, en terroríficas filas, sobre la carretera de París, separada de la aldea apenas por algunos centímetros de pradera. Cada uno montaba la guardia. ¿Eran lobos, felinos escapados de algún circo ambulante? Los valientes se escondían, armados de antiguos fusiles, alrededor de las habitaciones, en las espesuras: pero no se había aprehendido a nadie; nada de insólito turbaba el silencio habitual de los vergeles y de los campos. Y los robos y las masacres aumentaban en audacia y en número. Entonces, ante ese enigma, las imaginaciones se habían enloquecido. Sólo un milagro podía desviar del país, frecuentado por los fantasmas y maldito, ese invencible, ese sobrenatural enemigo. No había más que Dios que fuese capaz de vencer a ese inaccesible demonio. Se hicieron novenas, se organizaron procesiones; y por la noche, lo mismo que en las epidemias de cólera, se encendieron grandes fuegos para quemar a los espíritus malhechores, que seguramente vagabundeaban en el aire.

Mientras tanto, la tía Sourd declinaba, muy triste, juntando las manos:

—Y si fuese Clemente?... ¿O bien su alma?

Una tarde, la hija Sourd, sirvienta en la granja de Hourdes, subió a un granero que servía de reserva para la paja. No había dado dos pasos sobre el piso muelle, cuando de repente, ante ella, vio un haz de paja moverse, destacarse del montón, girar como una persona, caer a sus pies y, en ese agujero

de sombra negra que el haz había abierto en su caída, aparecer un rostro horrible, un sobrehumano, aterrador montón de cabellos y de barba enmarañados, en medio del cual relucían dos ojos de bestia feroz, y sangraba una asquerosa boca de pesadilla. Quiso huir, llamar. Pero el espanto de esa aparición fué tal, que quedó clavada sobre el piso, sin movimiento y sin voz.

Al mismo tiempo, en un salto, se sintió enlazada, levantada, arrastrada dentro de algo muy oscuro y después volteada bajo un demonio de cuerpo que la apretó como para ahogarla, molerle la carne, romperle los huesos. Se desmayó.

El lugar de esa escena era una especie de caverna redonda, cuyos muros estaban formados por haces de paja amontonados los unos sobre los otros. Una luz apagada caía desde el techo por una lumbrera cuadrada, dejando ver cosas siniestras cuya descripción horroriza. Había sobre el piso, alrededor del monstruo en celo y de la mujer desmayada, como un osario y como una carnicería. Cuartos de res aun sangrientos, esqueletos de animales roídos, cueros recientemente despellejados y, confusamente revueltos con osamentas, obtellas rotas, girones de carne negra, charcos de sangre seca, un prodigioso montón de cosas pegajosas y de inmundicias. Un intolerable y sofocante olor de podredumbre y de brebajes corrompidos, surgía de ese espantoso caos, de ese residuo de los robos y de las matanzas nocturnas que habían assolado al país, durante más de seis meses.

Cuando la hija Sourd hubo vuelto en sí acardenalada, quebrantada, casi muerta, tuvo pena en darse cuenta de la realidad de su aventura, así como del lugar de espanto donde yacía. ¿Qué había pasado?... No lo sabía bien. No lejos de ella, encorvado sobre un lecho de innumrables fangos y de huesos putrefactos, el monstruo desgarraba, con sus dientes agudos, un conejo que acababa de matar. Ella lo contempló horrorizada. Algunos rasgos, antes conocidos, se dibujaron, más precisos, sobre ese rostro salvaje. Y, de repente, lanzó un grito:

—¡Clemente!... ¡Clemente!... ¡Es Clemente!... Clemente dió vuelta la cabeza:

—¡Jé, jé, jé! — gruñó.

Después, una sonrisa gesticuló en el enmarñamiento de su barba sangrienta, mientras que de su boca aun inmóvil, un girón de carne filamentososa pendía, como de la boca de un felino...

(— O —)
¡Hola, tío Nicolás!

Habíamos caminado durante dos largas horas, en los campos, bajo el sol que caía del cielo como una lluvia de fuego; el sudor chorreaba sobre mi cuerpo y la sed, una ardiente sed me devoraba. Había buscado, en vano, algún arroyuelo de esos cuya agua fresca canta bajo las hojas, o bien un manantial, como los hay muchos, en el país, un pequeño manantial de los que duermen en sus nichos de tierra musgosa, semejantes a aquellos donde anidan los santos campesinos. Y me desesperaba, tenía la lengua desecada y la garganta como una llama.

—Vamos hasta la Heurtaurdière, esa granja que véis allá, me dijo, mi compañero; el tío Nicolás nos dará buena leche.

Atavesamos un ancho barbecho, cuyos terrones

se deshacían, bajo nuestros pasos, en polvo rojo; después, habiendo costado un campo de avena, en el cual la brisa suave formaba una nubecilla de reflejos azulados, llegamos a un vergel donde algunas vacas dormían, acostadas a la sombra de los manzanos. La granja estaba a continuación del vergel. En el corral, formado por cuatro míseros edificios, no había otro ser viviente que las gallinas pecoreando en el estiércol depositado en un lecho inmundo, cerca del aprisco. Después de haber tratado de abrir, pero en vano, las puertas cerradas y alrincheradas, mi compañero dijo:

—¡Indudablemente, todo el mundo está en el campo!

Sin embargo llamó:

—¡Tío Nicolás! ¡Hola, tío Nicolás!

Ninguna voz respondió.

—¡Hola, tío Nicolás!

Este nuevo llamado no obtuvo otro resultado que el de espantar a las gallinas que se dispersaron cloqueando y aleteando.

—¡Tío Nicolás!

Muy contrariado, pensaba seriamente en ir a ordeñar yo mismo las vacas del vergel, cuando una cabeza de vieja, áspera, arrugada y toda roja, apareció por la puerta entreabierta de un granero.

—¿Qué hay? exclamó la campesina, sois vos, señor José? No os había reconocido, al pronto. Disculpadme.

—Se hizo ver del todo. Un gorro de algodón, cuya borla caía sobre la frente, encerraba su cabeza; una parte de los hombros y el cuello que parecían de ladrillo, tanto habían sido cocidos y recocidos por el sol, salían, descarnados, surcados, de los pliegues flotantes de la camisa de lienzo basto, que mantenía ajustada a las caderas, una corta enagua de criatura, rayada de negro y gris. Dos zuecos de haya, burdamente trabajados, servían de calzado a sus pies desnudos, violáceos y agrietados como un pedazo de cuero viejo.

La campesina cerró la puerta del granero y sujetó la escalera por donde se bajaba; pero antes de poner el pie sobre el primer peldaño, preguntó a mi compañero:

—¿Sois vos quien ha llamado al tío Nicolás, mi hombre?

—Sí, mujer, soy yo.

—¿Que le queráis al tío Nicolás?

—Hace calor, tenemos sed, y queríamos pedirle una taza de leche.

—Esperadme, señor José; voy en seguida.

Bajó la escalera lentamente, haciendo chasquear sus zuecos.

—¿No está, pues, en casa, el tío Nicolás? — preguntó mi compañero.

—Disculpad — dijo la vieja — está ahí. ¡Ah! perdí, sí, está el pobre hombre, pero no dispuesto a moverse seguramente. Está en el ataúd desde esta mañana.

Había bajado del todo. Después de haberse enjugado la frente, de donde el sudor chorreaba en grandes gotas, añadió:

—Sí, señor José, ha muerto el tío Nicolás. Eso ocurrió ayer tal anoche.

Como presentáramos un semblante contristado:

—No importa, no importa nada — dijo — vais a entrar para refrescaros un poco y acomodaros, pues voy a buscar lo que os hace falta.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA 0.10

Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION 0.10

Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición 0.10

P. Kropotkin: A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? 0.10

D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición 0.10

Ana María Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO 0.10

Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO 0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

Abrió la puerta de la habitación, cerrada con candado.

—Entrad, señores y no os molestéis... Haced como si estuviérais en vuestra casa. Mirad, ahí está el tío Nicolás.

Bajo los tirantes ahumados, en el fondo de la gran pieza oscura, entre las dos camas tapizadas de percal, un feretro de pino blanco estaba colocado sobre dos sillas a medio cubrir por un mantel de lienzo crudo, que adornaban solamente el crucifijo de cobre y la ramita de boj bendita. Al pie del feretro, se había puesto una pequeña mesa, sobre la cual, una vela derretida, a guisa de cirio, acababa de consumirse tristemente. Muy cerca, se hallaba una maceta de tierra bruna llena de agua bendita, con una escobilla de retamas, a modo de hisopo. Habíendonos persignado, echamos un poco de agua sobre el ataúd y, sin decir nada, nos sentamos ante la mesa grande, mirándonos asombrados.

La tía Nicolás no tardó en volver. Traía con precaución un vasto jarro de leche que puso sobre la mesa, diciendo:

—¡Podéis beber a vuestro antojo! no hay leche mejor, ni más fresca.

Mientras arreglaba las tazas y sacaba del arteson un buen pedazo de pan duro, mi compañero le preguntó:

—¿Hacia mucho tiempo que estaba enfermo el tío Nicolás?

—No mucho, señor José — contestó la vieja. A decir verdad, no estaba muy muy bien, desde hacía varios días. Estaba incomodado de los pulmones; yo creía que era la sangre. De repente se volvió pálido, después violeta, después negro y había caído, casi casi como un muerto.

—¿No habéis ido a buscar el médico entonces?

—Seguramente que no, señor José, no hemos ido a buscar al médico. Realmente, no estaba muy en-

fermo, por decirlo así. Eso no le impedía de ir a derecha y a izquierda, de girar por todas partes con los muchachos. Ayer fui a la feria; cuando volví, hé ahí que me encuentro con el tío Nicolás sentado, la cabeza contra la mesa, los brazos colgantes, y que no se movía más que una piedra: "¡Mi hombre!" —le digo—. Nada. "¡Tío Nicolás, mi hombre!" — le digo al oído—. Nada, nada, nada absolutamente. Entonces lo sacudo así. Pero hé ahí que se balancea y después cae sobre el piso, y después se queda así

sin mover tan sólo una pierna, y negro, negro casi casi como carbón. "Caramba — digo — el tío Nicolás ha muerto". Y había muerto, señor José, completamente muerto... Pero, no bebéis... No os molestéis... tengo todavía... Y además no hago manteca en esta época...

—Es una gran desgracia — dije.

—¿Que queréis! — contestó la campesina. Dios lo quiere así, seguramente.

—¿No tenéis, pues, a nadie para vigilarlo? — in-

LOS SEÑORES REVOLUCIONARIOS



Prosa de González Prada

Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete: hay que romper la botella para sacar la bola.

Quien practica el bien por la remuneración póstuma, no se distingue mucho del prestamista usurario que da hoy uno para recibir mañana diez.

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alegarse la buena fe de los profesores: buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Korán; buena fe, el negro del Congo que suprime a su madre con intención de transformarla en espíritu bienhechor y poderoso, buena fe, el indostánico que se arroja en tierra para ser destrozado por el carró de Vichnú; buena fe, el salvaje que para ganarse la benevolencia de un fetiche se pintarraja con sangre de su enemigo; buena fe, el fakir que por veinte años permanece sentado en una silla erizada de clavos agudos, imaginándose que la podredumbre de sus heridas le servirán de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta: y como para curarnos de una enfermedad, no buscamos ingenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir a teólogos de buena fe, sino a educacionistas que sepan bien lo que son la mujer y el niño.

Decir verdad religiosa vale tanto como hablar de transparencia opaca y liquidez sólida.

terrupeó mi compañero. ¿Y vuestros hijos?

—¡Oh! no hay peligro de que se vaya, el pobre hombre. Los hijos están en el campo recogiendo el heno. No es propio que el trabajo deje de hacerse por eso... No lo haría resucitar ¿no es cierto? Puesto que está muerto!

Habíamos concluido de beber la leche. Después de dar las gracias, abandonamos a la tía Nicolás, turbados, no sabiendo si debíamos admirar o maldecir esa insensibilidad del campesino frente a la muerte, la muerte que, sin embargo, hace aullar dolorosamente a los perros en la perrera vacía, y que pone como un sollozo y como una queja en el canto de los pájaros, cerca de los nidos devastados.

Como la hez se deposita en el fondo del vino, la religión se refugia en las últimas capas sociales.

La religión tiene que reducirse a cosa íntima, de gusto particular, lo mismo que la ropa interior; y así como no hay reglamento de policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camisetas de hilo, no debe haber artículo de la constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica.

Desde que el Estado no dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hay, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de los cursos religiosos, o más bien no enseñar religión alguna en las escuelas nacionales.

Nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerable como una religión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado por carbones ardientes.

Podemos ser difusos en una línea y concisos en un volumen. Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo y hueco nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso y ancho; el ruido nos cunordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: a organismo raquítico, sangre anémica.

El liberalismo católico representa en el orden motor los lagartos voladores de la época secundaria; organismos con alas de pájaro y cuerpo de reptil, que hoy vuelan y mañana rastrean.

El diagnóstico de la literatura contemporánea se resume en una línea: congestión de palabras, anemia de ideas.

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de la familia, y nadie, por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad y vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

No se cura el enfermo colocando bajo su almohada un libro de terapéutica o cirugía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no se escarmienta ni se corrige a un mal hombre público regalándole el Espíritu de las leyes, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes: la verdad.

El clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego cargando al paralítico.

Déjese la hobería de llamar apóstoles o profetas a los escritores de buenos versos; pero no se olvide de que el poeta debe sintetizar las ideas analíticas de su época, sirviendo de intermediario entre el sabio abstracto y las multitudes incipientes.

Si toda verdad contiene un fondo de poesía, ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la ciencia no es antipoética, la poesía ha de ser anticientífica?

Vale más el ateísmo franco y leal, la negación en bloque de todos los dioses unos y trinos, que la mezquima concepción teológica de una divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra divinidad esencialmente mala.

Las coqueterías y amaneramientos de lenguaje seducen a imaginaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas y aplausos de corrillo; pero "no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente a las luchas morales de su siglo" (Saint-René Taillandier). Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la frescura juvenil del lenguaje y la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad y sin claridad todas las perfecciones se amenguan,

quedan eclipsadas. Si Herodoto hubiera escrito como Gracián, si Pindaro hubiera cantado como Góngora, ¿habrían sido escuchados y aplaudidos en los juegos olímpicos? Ahí están los grandes agitadores de almas en los siglos XVI y XVII, ahí está particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

Afanarse por que el hombre de hoy piense como el de ayer, vale tanto como trabajar por que el bronco de una cometa vibre como el parche de un tambor.

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación y movimientos de segregación; de ahí los neologismos o células nuevas y los arcaísmos o detritus. Como el hombre guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáctica.

Se concibe el apego senil de ultramontano al vocablo viejo, porque las ideas retrógradas se pegan a los giros anticuados como el sable oxidado se adhiere a la ruina.

¿Cuándo la Humanidad ejecutó algo bueno sin lágrimas ni sangre? ¿Cuándo lo ejecuta la Naturaleza? Las lentas evoluciones del Universo, ¿cuestan menos sacrificios que las violentas revoluciones de las sociedades? Cada época en la exigencia de la tierra se marca por una carnicería universal, todas las capas geológicas encierran cementerios de mil y mil especies desaparecidas.

Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio, cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, y al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo católico habrá perdido una de sus más eficaces armas.

En el lecho de la mujer que alumbró se realiza un duelo entre el ser estúpido y egóista que pugna por nacer y la persona inteligente y abnegada que batalla por dar a otro la vida.

Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna y ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos levanta a regiones de serenidad y luz. El animal batallador y carnívoro produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz antes con dormir, comer y procrear, escribe la "Iliada", erige el Partenón y mide el curso de los astros.



BIBLIOGRAFIA

J. DIAZ DEL MORAL. — Historia de las agitaciones campesinas andaluzas (Córdoba). Un vol. de 577 págs. gr. 8°. Revista de Derecho privado, Pozas 12, Madrid, 1929. Precio, 12.50 pesetas.

Raramente caen en nuestras manos libros como este. En idioma español y sobre España son muy contados, quizás es único, porque "El Proletariado militante" tiene un dominio más general y la "Historia" de Francisco Mora refleja demasiado parcialmente la vida del socialismo legalitario. Su autor es un notario de Bujalance, provincia de Córdoba, un notario como Joaquín Costa, el león de Graus, y como Julió Senador Gómez, el denunciador audaz de mil lacras nacionales españolas.

El señor J. Díaz del Moral tiene pasta de historiador, es metódico, maneja con maestría las fuentes de su estudio y nos ofrece resultados que nos hacen desear vivamente que el autor continúe su trabajo por lo menos hasta hacer lo que hizo respecto de Córdoba con el resto de las provincias andaluzas. Elevaría así un monumento digno a los esfuerzos emancipadores de la población campesina del sur de España.

No nos interesa saber cuáles son las ideas políticas y sociales del señor Díaz del Moral; nos interesa la historia y en este aspecto es un hombre que merece respeto. Los materiales recogidos por él eran merecedores de ser recogidos.

Recomendamos el libro a todos los estudiosos, y principalmente a cuantos tienen interés por conocer un capítulo de la historia del movimiento social español, en una zona justamente que no es la que más ha sobresalido en la historia revolucionaria, pero que sin embargo, como la obra lo demuestra, tiene un glorioso pasado de esfuerzos y de abnegaciones.

Algunas figuras de compañeros casi desconocidos hasta de nosotros mismos son resucitadas y presentadas con la documentación del caso, desenterrándolos así de un olvido inmerecido.

Que la acogida que halle esta obra estimule al autor a continuarla. Es cuanto deseamos.

UPTON SINCLAIR. — ¡Carbón! Novela de la cuenca carbonífera del Colorado. Un vol. de 362 págs. en 8°. Prólogo de J. Brandés. Trad. de Felipe Alaiz. Edit. B. Bauzá, Barcelona.

¿Una novela de Upton Sinclair? No necesita elogios. Tal vez ningún novelista contemporáneo pone

tanta verdad y tanta combatividad en sus novelas. Para Sinclair la novela no es un entretenimiento, es un arma y la esgrime sin cesar. Parece que no tuviera en cuenta el estilo, la forma, y sin embargo cautiva estéticamente. Pero la impresión más fuerte es la que uno recibe en las descripciones de las miserias sociales de abajo y de arriba. ¿Quién ha olvidado "Los envenenadores de Chicago"? ¿Y "Petróleo"? Los que lean "¡Carbón!", no han de quedar menos seducidos y conmovidos. Conocerán sin quererlo la historia de la riqueza de Rockefeller y el calvario de los mineros.

CHARLES BENOIST. — Les maladies de la démocratie. L'art de capter le suffrage et le pouvoir. Un vol. de 273 págs. Precio, 12 francos. París, Ed. Prométhée, rue Dupuytren 9.

Charles Benoist es un escritor político francés bien conocido, miembro del Instituto de Francia, autor de numerosas obras, diplomático. En este tomo hace una disección de la democracia, del parlamentarismo, del electoralismo y es preciso decir que va al fondo en su análisis y que no es muy fácil rebatirlo. Por lo menos nosotros no tenemos tal intención, pues estamos profundamente convencidos del fracaso de la democracia y de su corrupción y no queremos rehabilitarla, porque no solucionaría ninguno de los problemas históricos que tiene que solucionar la humanidad para avanzar realmente hacia el futuro.

Lo que nos diferencia, y hondamente, de Benoist, es que nosotros oponemos a la democracia la anarquía y él quiere oponerle... la monarquía. En ese sentido dirige sus argumentaciones, que si a nosotros no nos convencer, al menos nos hacen ver, por contraste, un aspecto de la crítica a la democracia en que nosotros no insistimos corrientemente.

JULIO CESAR FORD. — La Casa en donde el hombre buscó el amor. Un vol. de 108 págs. Imp. Riera, Bs. Aires, 1927.

Un poeta nuevo del que ya conocíamos otra colección de poesías, "Horizonte de imágenes". Inspiración erótica y sentimental.

MARIA LACERDA DE MOURA. — Licoes de Pedagogia. Vol. I, San Paulo, 1925. Religiao do amor e da beleza, San Paulo, 1929. Un vol. de 228 págs. De Amundsen a del Prete, San Paolo, un vol. de 89 págs. gr. 8°.

María Lacerda de Moura, cuyo libro *¿La mujer es una degenerada?* ha tenido un magnífico éxito editorial en portugués y en español, y cuya reciente actuación entre nosotros como conferencista, es una mujer valiente y de vasta cultura, al mismo tiempo que de exquisita sensibilidad. Como exponente de su valentía tenemos la recopilación de artículos titulada "De Amundsen a Del Prete", que tuvieron tanta resonancia en el Brasil y dieron margen a una bella batalla antifascista; como mujer de cultura, ahí está el primer tomo de sus "Lecciones de pedagogía" y como escritora, como artista, la recopilación titulada "Religión del amor y de la belleza" nos ofrece los más altos testimonios.

Pocas mujeres de América llegan hoy al grado de independencia de pensamiento de María Lacerda, la gran admiradora y divulgadora de Han Ryne. Agradecemos sinceramente el envío de estos volúmenes, que nos permiten apreciar mejor un esfuerzo digno de la más amplia repercusión.

PROF. H. J. LASKI. — Comunismo. Trad. de Manuel Sánchez Sarto. Editorial Labor, Barcelona - Buenos Aires. Un vol. de 204 págs., con ilustraciones.

El profesor Laski es un hombre versado en ciencias económicas y sociales y ha emprendido el ensayo de resumir con criterio científico las doctrinas del comunismo, su ideal y su método. Se refiere exclusivamente al comunismo bolchevista y le hace una crítica a veces certera, pero a veces errónea. Sin embargo esta obra nos da una exposición bastante objetiva de la interpretación materialista de la historia, de la economía comunista, de la teoría comunista del Estado, de la estrategia del comunismo; etc. Como casi todos los manuales de la colección Labor, este no es ni una apología ni un libelo; es un examen crítico que revela en su autor competencia y profundidad de visión.

L'innocence de Sacco et Vanzetti á la lumière des évidences nouvelles. 32 págs. (Ginebra; agosto de 1929).

Un folleto que transcribe la entrevista de Edward Holton James, de Concord, Mass., con Mario Buda en la isla de Lipari. Buda ha intervenido en el proceso Sacco y Vanzetti y sus declaraciones son de singular interés para deshacer las maquinaciones del juez Thayer.

Informe rendido por el C. Lic. Emilio Portes Gil, al Congreso de la Unión el 1 de septiembre de 1929. 194 págs.

Pedagogie proletarienne. Un vol. en 4.º de 136 págs.

Un volumen conteniendo las tesis, informes y debates de las jornadas pedagógicas de Leipzig, or-

ganizadas por la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza, París, 1929.

Interesantes materiales documentarios, recopilación nutrida de hechos que sugiere múltiples ideas y actitudes contra el orden social presente en defensa de la infancia. Lástima que el fanatismo comunista y la visión falsa de las cosas rusas desvaloree algunos preciosos trabajos.

FEDERICO NIETZSCHE: *Así hablaba Zaratustra.* 346 págs. Ed. B. Bauzá, Barcelona.

Una nueva edición de la obra más leída y discutida del filósofo alemán, traducción del compañero Dionisyos.

R. GEIST: *Vom Manifest zum Gesetz.* Ed Internationale Buchpresse, Frankfurt a/M. Un vol. de 129 págs.

CONSTANTINO CASTRO: *Válvulas de seguridad.* Imprenta Matute, Santiago de Cuba, 1929.

PUBLICACIONES NUESTRAS

FRANCIA: *Plus loin*, N. 55, octubre de 1929. París. — *L'en dehors*, N. 169, fin de octubre, año VIII, Orleans. — *Le libertaire*, año XXXV, N. 228, noviembre 2, París.

ESTADOS UNIDOS: *The Road to Freedom*, Vol. VI, N. 2, octubre de 1929, New York. — *Cultura Proletaria*, Vol. II, N. 138, sábado 26 de octubre, New York. — *Solidaridad*, año XI N. 209 octubre 19, Brooklyn. — *Freie Arbeiter Stimme*, año XXXI, N. 39, 26 de octubre, New York. — *Pravzhdenie*, revista libertaria, N. 9, septiembre, Detroit, Mich.

DEL PAIS: *El Coya* segunda época, año II, N. 12, noviembre, Salta. — *En la brecha*, año I, N. 5, 10 de noviembre, Campana, órgano de la Soc. de R. Obreros del Puerto. — *Ícaros*, III época, N. 198, noviembre, La Plata.

ESPAÑA: *Estudios*, revista ecléctica (Año VII, septiembre de 1929; continuación de "Generación consciente"), Valencia.

PORTUGAL: *Aurora*, revista mensual de sociología ciencia y arte (Año I, núm. 1, septiembre), Porto. Una grata sorpresa la de la reaparición de la prensa libertaria portuguesa con esta revista y con *Vanguarda Operaria*, también de Oporto.

BULGARIA: *Trudy y Mysty* (revista mensual, año I, núm. 4, septiembre), Sofia. Este número contiene un informe detallado de Daneff sobre el congreso continental de Bs. Aires.

BELGICA: *Bandiera Nera*, mensual anárquico revolucionario (Núm. 6, septiembre), Bruselas.

JAPON: *Jiyu Rengo Shimbun* (La federación libre), núm. 39, septiembre, Tokio.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDEENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---------------------------------------	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50

EDUARDO MILANO.—

"Primer paso hacia la anarquía", 96 páginas	" 0.20
---	--------

"Influencias burguesas sobre el anarquismo"

..... " 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) " 1.—

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo" " 0.20

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) " 2.—

Encuadernado en tela " 3.50

"Temas Subversivos" " 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus " 0.50

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte" " 1.—

NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2 tomos) \$ 2.—

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino" " 0.10

"La anarquía y la iglesia" " 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición " 0.10

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo . " 0.10

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) " 0.30

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia" " 0.10

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela " 2.—

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución" " 0.10

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo" " 0.10

JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa" " 0.10